

se

Un matrimonio en herencia



CARA COLT **Lectulandia**

Desde el momento en que su pequeño vecino murmuró en los oídos de Corrie Parsons, su alegría y esperanza por la llegada de ella, Corrie supo que estaba perdida ¡completamente perdida! Había llegado a Miracle Harbor para reclamar el rancho que había heredado, un hogar al que llamar propio. Y sería todo suyo& por el precio de un anillo de boda.

Lo peor era que el sexy vaquero que venía junto con el niño sólo quería su tierra no a ella. Pero la mirada penetrante y ardiente de Matt Donahue contaba otra historia.

Lectulandia

Cara Colter

Un matrimonio en herencia

*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *Wed by a will*

Cara Colter, 2002

Editor digital: Piolin

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

15 de febrero

Con una sensación de pánico, Corrine Parsons se dio cuenta de que estaba a punto de llorar. Mirando a las dos mujeres que nunca antes había visto, pero cuyos rostros eran el mismo que ella veía cada mañana frente al espejo, intentó controlar las emociones que la embargaban.

Trillizas. Eran trillizas.

Daba igual que no supiera exactamente qué emoción sentía, que no pudiera identificarla exactamente. ¿Era tristeza o alegría? ¿Sorpresa o miedo?

Fuera cual fuera la emoción, conocía la primera regla. Y la primera regla era no llorar. Nunca. Había aprendido aquello cuando, a los seis años, la llevaron a la primera casa de acogida porque su tía Ella estaba enferma. Aterrorizada y sola, su único consuelo fue el cachorro que escondió bajo el porche. Le daba de comer cuando nadie la veía, lo cuidaba, lo mimaba y jugaba con él.

Y entonces la descubrieron. Las reglas de la casa: nada de animales. Nunca, por mucho que llorase. Corrine intentó hacer entender a sus padres de acogida lo importante que era para ella... pero no valió de nada.

La verdad, a nadie le importaban sus sentimientos. Una verdad que aprendió de la forma más dura posible.

Como cuando le hicieron escribir mil veces «No robarás», cuando ella no había robado nada. O como cuando una de las hijas de la familia se puso una chaqueta roja que era su más preciada posesión, sin pedirle permiso. «Después de todo lo que hemos hecho por ti, deberías dejársela sin protestar».

Desde los seis a los diecisiete años fue de una casa de acogida a otra. Siete casas diferentes habían convertido en hielo las lágrimas de Corrine Parsons. Un hielo que veía cada mañana cuando se miraba al espejo. Incluso aquel día. Diez años después de haber abandonado la última casa que nunca fue suya.

Pero aquel día, en un hermoso despacho decorado con alfombras persas y muebles de diseño, rodeada de extraños, era como si alguien estuviera apuntando un lanzallamas directamente a su corazón. Unas lágrimas calientes y vergonzantes amenazaban con asomar a sus ojos. Unas lágrimas que le costaba trabajo controlar.

Y todo porque dos de las personas que tenía enfrente eran exactamente igual que ella.

Sus hermanas. Sus hermanas trillizas.

¿No había soñado algo así cuando era una niña, cuando iba de una casa a otra con sus ropas guardadas en una bolsa de plástico? ¿No había pasado noche tras noche sin pegar ojo en una cama extraña, soñando con algo parecido?

Soñaba con una familia imaginaria, con un árbol de Navidad repleto de regalos, una cama con un colchón que no tuviera forro de plástico, sábanas suaves en lugar de ásperas... el amor de una madre. Un padre alto y guapo que la tomaba en brazos,

unas hermanas con las que jugar a las muñecas y compartir secretos.

Soñaba que alguien la quería.

Aquellas chicas se parecían mucho a ella y eran sus hermanas, desde luego. Pero eso no significaba nada. No significa que fueran a quererla, que fueran a preocuparse por ella. Llevar la misma sangre no garantizaba un amor incondicional.

Sin embargo, cuando se atrevió a mirar directamente a Abby y Brittany, vio un brillo en sus ojos. Era como si no se dieran cuenta de que se había puesto su ropa más vieja, como un desafío para acudir a aquella llamada en la oficina del abogado.

En los ojos de sus hermanas había un brillo de ternura.

Una mirada de bienvenida.

Deseaba tanto creerlo... Pero le daba pánico. Llevaba unos vaqueros rotos por la rodilla y empezó a jugar con las hebras, intentando controlarse.

Como a lo lejos, escuchaba la voz del abogado hablando sobre un extraño que les había dejado una increíble herencia. Abby recibió una casa, Brittany, un negocio de pastelería. Otro hombre entró y salió del despacho, pero Corrine apenas se dio cuenta.

Entonces escuchó su nombre. Y su regalo: cinco acres de terreno y una cabaña. Sus hermanas parecían muy felices, pero ella esperaba el golpe, la trampa. La desilusión. Siempre la había.

Y allí estaba. Había una condición para que pudieran obtener esa herencia, tenían que quedarse en Miracle Harbor, un pueblo que Corrine no había visto jamás, durante un año.

Y tenían que casarse.

Casarse. Sí, claro. Ella, que había conseguido dominar el arte de dejar helado a un hombre con una sola mirada.

Pero si vivía allí durante un año podría estar con ellas. Con sus hermanas.

¿Y si no se gustaban? ¿Y si no podían soportarse? Aunque fueran como tres gotas de agua, no se conocían en absoluto.

Entonces, Abby alargó la mano para tomar la suya, como si quisiera darle ánimos. Como si supiera que tenía miedo.

Y cuando Corrine miró los ojos de su hermana, decidió que viviría en Miracle Harbor durante un año, por mucho miedo que tuviera.

No inmediatamente, claro. Tenía obligaciones. Pero sí en cuanto pudiera hacerlo.

Asustada y emocionada al mismo tiempo, admitió que no podía dejar de aceptar aquel regalo, el mejor de todos: la esperanza y la ternura que veía en los ojos de sus hermanas.

Capítulo 1

Tres meses más tarde...

Corrine se metió las manos en los bolsillos del pantalón vaquero y estudió la pequeña y sólida cabaña de madera, bajo las ramas de un arce gigante. Era suya.

Le daba igual que el porche estuviera desvencijado, que hubiese musgo en las tejas, que no pudiera verse el interior porque las ventanas estaban cubiertas de polvo o que necesitase múltiples reparaciones.

Corrine dejó escapar un suspiro de felicidad. Nunca había tenido nada suyo.

Excepto su viejo jeep, claro.

Siempre había vivido de alquiler en Minneapolis, incluso después del éxito con su libro de cuentos *Brandy*. *Brandy* era una creación suya, una niña huérfana llena de vida que se enfrentaba con el mundo y salía victoriosa.

¿Por qué no se había comprado una casa?

Quizá porque creer que podría pasarle algo bueno en la vida, comprometerse con algo que tuviera un futuro, sería como tentar al destino.

Incluso que le gustase tanto aquella cabaña la preocupaba.

Nada en su historia le permitía creer que las cosas buenas pueden durar.

—Según mi hermana, este sitio no es gran cosa —murmuró para sí misma.

Brittany se había quedado helada al ver la cabaña, el deteriorado establo, las cercas rotas rodeando un pedazo de tierra que nadie había cuidado en mucho tiempo.

«Puedes venir a vivir con Mitch y conmigo», le había propuesto su hermana.

«Pero si estáis recién casados», protestó ella. Brittany y su marido, que se habían casado una semana antes, estaban muy enamorados. Y Corrine no quería tener tan cerca la evidencia de que los sueños pueden hacerse realidad, de que los milagros existen.

Pero sus dos hermanas eran la prueba viviente de que la vida puede dar un giro de ciento ochenta grados, a juzgar por la felicidad que habían encontrado desde que llegaron a Miracle Harbor.

Y eso le daba pavor.

«No llorar nunca», era su primera regla. Pero la segunda estaba igualmente grabada en su corazón a sangre y fuego: «Nunca te hagas ilusiones». Hacerse ilusiones era lo más peligroso de todo.

Sus hermanas se habían ofrecido a ayudarla para arreglar la casa. Y Corrine se quedó asombrada al comprobar que las tres compartían un miedo atroz a las arañas. Seguramente, compartían muchas cosas más. Pero no quería soñar, no quería tener esperanzas. Por eso rechazó su ofrecimiento.

Pero no solo porque no quería deberle nada a nadie, ni porque se sentía rara al ver cómo sus hermanas parecían entusiasmadas con ella sin conocerla siquiera.

No quería ayuda porque arreglar aquella cabaña era algo que deseaba hacer sola. Así le parecería más suya. Así nadie podría quitársela.

Había muchísimo trabajo por hacer. Debía arreglar el porche, reparar el tejado del viejo establo, limpiar el jardín de la entrada...

Suspirando, Corrine empujó la puerta, que crujió sobre los viejos goznes. Seguramente habría tantas arañas dentro como fuera.

El interior era muy simple. Había un salón grande que hacía las veces de cuarto de estar y cocina. En una de las paredes, armarios necesitados de una buena capa de pintura, una repisa que necesitaba ser reemplazada y un fregadero de loza lleno de moho. Afortunadamente, los electrodomésticos eran completamente nuevos.

A través de un hueco sin puerta se llegaba al dormitorio y al moderno cuarto de baño, que debía haber sido construido mucho después que la cabaña, ya que esta tenía ochenta o noventa años. Dichosamente, el baño estaba muy limpio.

Una estufa de leña en medio del cuarto de estar servía como división entre este y la cocina. Las ventanas eran grandes, de modo que cuando las limpiase el sol inundaría la casa. Y cuando todo estuviera limpio, podría sentarse y contemplar sus posesiones.

Un rayo de sol había conseguido traspasar la suciedad de años y bailaba en el suelo. Corrine apartó el polvo con la zapatilla y vio que era de madera. Habría que pulirlo, pero era un suelo precioso.

Perdida en sus pensamientos, imaginando la casa con alegres cortinas de colores, un sofá blanco y flores en la cocina, no lo oyó entrar.

—¿Hay alguien aquí?

Ella se volvió, sobresaltada. Estaba lejos del pueblo y nadie podría ayudarla si le ocurría algo.

Estaba a punto de salir corriendo cuando recordó que esperaba el camión de la mudanza con sus escasos muebles.

Pero cuando miró hacia la puerta y vio la silueta del hombre estuvo segura de que no era el de la mudanza. Sin embargo, no le daba miedo.

Sombrero texano, camiseta blanca, pantalones vaqueros, botas y unos hombros anchísimos. La postura del hombre, sus pies firmemente plantados en el suelo y la barbilla levantada le daban un aire de seguridad.

Corrine no sabía que había vaqueros en Oregón. Por supuesto, no sabía mucho sobre Oregón, excepto que el clima era más benigno que el de Minnesota.

—Perdone, no quería asustarla.

—No me ha asustado —replicó ella, a la defensiva.

Pero la voz masculina ya había penetrado esas defensas. Era una voz ronca, suave, varonil. Una voz que inspiraba tranquilidad.

Tenía unos hermosos ojos castaños, unos ojos sinceros. Corrine conocía a la gente mirándola a los ojos. Algo que aprendió de niña.

El extraño tenía los pómulos altos y la nariz... alguna vez debió ser recta, pero parecía partida de un golpe. Curiosamente, ese defecto lo hacía más atractivo. La nariz rota proclamaba que aquel era un hombre en un mundo de hombres y que había

pagado el precio por ello.

Tenía una boca preciosa. Sus ojos de artista apreciaron los labios firmes y masculinos.

Pero cuando dio un paso hacia ella con la mano extendida, Corrine dio un paso atrás.

Por alguna razón, sabía que no debía aceptar esa mano. Que esa mano podía ser lo más peligroso de todo.

Sin tocarla, sabía exactamente cómo era: fuerte, dura, cálida. El roce de esa mano la invitaría a meterse en un mundo donde la gente no estaba sola.

Y, de repente, sintió el deseo de tocarlo. Un anhelo desconocido que despertaba nuevos miedos.

—¿Qué quiere? —preguntó, con voz de hielo.

La reacción del hombre fue un breve parpadeo de sorpresa. Pero se recuperó enseguida.

—Soy Matt Donahue, su vecino —se presentó. Si esperaba que le diera las gracias por ir a verla, iba a llevarse una desilusión. Corrine no dijo nada, simplemente se cruzó de brazos—. La verdad es que estaba interesado en comprar este terreno, pero parece que alguien lo ha comprado antes que yo.

Ah, de modo que no estaba allí para darle la bienvenida, pensó ella. Sorpresa, sorpresa.

—No quiero vender.

Acababa de heredar aquel terreno y ya lo sentía como suyo. Era su sitio, el sitio donde podría descansar. Pero la visita de aquel hombre la hacía ver, de nuevo y como siempre, que todo es muy frágil.

—Aún no le he hecho una oferta.

—No se moleste en hacerla.

Corrine no pensaba decirle que, en cualquier caso, no podía vender las tierras. Y quizá no podría hacerlo nunca.

¿Cómo había olvidado aquel pequeño detalle mientras planeaba cortinas y alfombras en el suelo de madera?

¿Cómo había olvidado que mientras su corazón le decía que aquella casa era suya para siempre, el documento legal decía algo muy diferente?

Necesitaba un marido.

Por un momento, mientras miraba a aquel vaquero alto y guapo, Corrine sintió un anhelo extraño, como un cosquilleo en el estómago.

Y deseó absurdamente ser otra persona, alguien como Abby, suave y amable, o espontánea y sexy como Brittany.

A pesar de su frío recibimiento, el hombre no se movía de donde estaba. Con aquellos ojos suaves, miró su mano para comprobar si llevaba alianza. Corrine hizo lo mismo.

No llevaba alianza ni anillo alguno. Cualquier adorno habría parecido absurdo en

unas manos tan grandes y masculinas.

De repente, deseó no haberse puesto los vaqueros viejos y la camiseta rota. De repente, deseó haber dejado que Brittany le arreglase el pelo... Pero le daba rabia desear esas cosas. No debía desear nada. Y menos preocuparse por lo que pensara un extraño.

Por guapo que fuera.

En ese momento, oyeron el ruido de un vehículo por el camino.

—¿Está esperando a alguien?

—A los de la mudanza.

—Ah, muy bien. La dejo entonces.

—Adiós.

No le había preguntado su nombre. Y ella no pensaba decírselo. No quería parecerle ni remotamente simpática al guapo vecino que tenía los ojos puestos en sus tierras.

Y en sus labios, por cierto.

Sintió un estremecimiento al percatarse de la admiración que había en los ojos castaños. Pero el hombre se tocó el sombrero como gesto de despedida y salió al porche.

—Parece que ha llegado su ganado.

¿Su qué?

Corrine salió al porche y vio un viejo camión de transporte acercándose a la cabaña.

—Yo no tengo ganado.

Matt Donahue la miró por encima del hombro. A la luz del sol parecía más alto, más fuerte... más impresionante.

El pelo oscuro, que se rizaba un poco en las puntas, asomaba por debajo del sombrero. Y la camiseta de manga corta dejaba ver unos bíceps de hierro, una piel bronceada, unos antebrazos tan masculinos...

Avergonzada, Corrine levantó la cabeza y lo miró a los ojos. No eran simplemente castaños, sino del color de la tierra mojada. Con puntitos dorados.

Y, tan cerca, podía ver un dolor en aquellos ojos que podría compararse con el suyo.

En ese momento, el camión paraba frente al porche. Era incluso más viejo que su jeep, con la parte trasera hecha de tablas.

Su vecino bajó los escalones con la facilidad de un hombre acostumbrado a poner los pies en el sitio exacto y se acercó al conductor, que había bajado la ventanilla.

—¿Corrine Parsons?

Donahue la miró, esperando confirmación, y Corrine asintió con la cabeza. En realidad, se alegraba de que estuviera allí. No le gustaba nada la expresión del camionero, con sus dientes amarillos y su cara de asco.

Su vecino se había percatado de que estaba nerviosa... o quizá tampoco a él le

gustaba el recién llegado porque se volvió hacia el camionero y contestó por ella.

—Aquí es.

Nadie la había protegido nunca y no le gustó que aquel gesto la hiciera sentir un calorcito por dentro.

En ese momento, del camión salió un sonido chirriante. Era como una enorme tiza arañando una pizarra, mezclado con el sonido de una sierra mecánica cortando troncos.

—Soy Werner Grimes —dijo el camionero—. Y le traigo un pollino de los de órdago.

—Creí que no tenía ganado —murmuró su vecino.

—Y no lo tengo. Ni siquiera estoy segura de saber lo que es un pollino.

—¿Van a echarme una mano o no? —les espetó Grimes.

—La señorita dice que el pollino no es suyo.

—Pues este papel dice que lo es. Comprado y pagado.

Mientras los hombres discutían, Corrine se subió a la parte trasera del camión apoyándose en las tablas... y entonces vio dos tristes ojos de color chocolate. El animal movía las orejas, como si estuviera preguntándose qué hacía allí.

—Un burrito —murmuró, acariciando la nariz de terciopelo.

—¡Apártese de ahí! —le gritó el camionero—. Ese animal podría arrancarle la mano de un mordisco.

Ella miró al animal, sorprendida.

—Mire, aquí debe haber un error... —empezó a decir Donahue.

—No hay ningún error. Aquí dice Corrine Parsons, ¿no? Pues ya está. Voy a colocar la rampa.

—Ella no quiere un burro y yo tampoco. Tengo un montón de yeguas en mis tierras y no voy a permitir que ese animal las monte.

—Pues ponga una cerca —le espetó Grimes—. Este burro está más excitado que...

Su vecino hizo un gesto con la mano para que el camionero no les diera más detalles.

—¿Cuánto quiere por llevárselo?

Corrine se quedó sorprendida al ver que sacaba la cartera. Al fin y al cabo, el burrito era suyo y ella debía decidir si quería quedarse con él o no.

—He tardado tres horas en llegar hasta aquí...

—Dígame una cantidad —le cortó Donahue.

—¿Doscientos cincuenta?

—Venga...

—Vale, ciento cincuenta dólares. Ni uno menos.

—Le doy cincuenta dólares por llevárselo de aquí.

Era un burro malvado, se dijo Corrine. El propio camionero le había advertido que podría arrancarle la mano de un mordisco. Pero tenía la nariz de terciopelo y la

miraba con esos ojitos...

—Espere un momento. Me quedo con él.

—¿Que se queda con quién? —preguntó su vecino.

Como allí solo estaban Donahue y el camionero, el «quién» estaba fuera de lugar. Pero mejor no meterse en una discusión sobre gramática.

—Con el burro.

Matt Donahue se acercó a ella en dos zancadas.

—¿Usted sabe lo que vale mi yeguada?

—Ni idea.

—Una sola de mis yeguas vale más que estas tierras tuyas.

—Baje a mi burro —le dijo Corrine al camionero.

—Sí, señorita.

—¿Sabe usted algo de burros? —le preguntó su vecino.

—Solo sé que comen hierba. Y aquí tengo mucha.

—Pero no tiene una cerca para controlar a ese animal.

A Corrine no le hizo ninguna gracia que llamara «animal» a su burrito. Pero tampoco pensaba discutir sobre eso.

—Bájelo —volvió a decirle al camionero.

Grimes colocó la rampa y abrió la portezuela. El burrito lanzó un rebuzno lastimero.

—Cuidado... —murmuró el hombre, obviamente asustado.

¿De qué tenía miedo?, se preguntó Corrine. ¿Y por qué se quedaba con un burro que no era suyo y que iba a complicarle la vida? Quizá para molestar a su vecino que, evidentemente, no lo quería cerca de sus tierras. ¿O era la expresión odiosa del camionero? Fuera cual fuera la razón, permaneció en silencio.

Entonces, escucharon un grito de dolor y el sonido de un cuerpo cayendo al suelo del camión. El burro bajó por la rampa, coceando alegremente al recuperar la libertad.

Matt Donahue corrió para sujetar la cuerda que llevaba al cuello y consiguió detenerlo a pura fuerza. Los músculos de sus brazos se marcaban claramente mientras tiraba del pobre animal, que por fin se quedó parado, sudando, rebuznando, con un vientre enorme en comparación con su famélica figura.

Incluso ella, que no sabía nada sobre animales, veía que aquel burrito había sido maltratado. Tenía mataduras por todas partes y se le marcaban las costillas.

Grimes se acercó a él con una vara en la mano y Corrine lanzó un grito de angustia.

Matt Donahue lo fulminó con la mirada.

—Si toca a este animal, tendrá que vérselas conmigo. Mírelo, está muerto de hambre, lleno de mataduras...

—Yo no tengo nada que ver. A mí solo me han pagado por traerlo —replicó el odioso Grimes, colocando la rampa en el camión—. Que les aproveche.

Unos minutos después, desaparecía dando botes por el camino.

Su vecino la miró entonces.

—Lo más humano sería llevarlo al veterinario para sacrificarlo.

—¿Qué dice? —exclamó ella, horrorizada.

—Está enfermo, señorita Parsons. Y seguramente nunca ha vivido en contacto con personas... me refiero a gente normal, no a los que le pegaban. Lo más humano sería...

—«Humanidad» y «asesinato» son dos palabras que no van bien juntas —lo interrumpió Corrine.

Matt dejó escapar un suspiro. El suspiro de un hombre de campo acostumbrado a lidiar con la dura realidad de la vida, frente a una chica de ciudad cuyo amor por todas las criaturas grandes y pequeñas estaba seguramente basado en las películas de Walt Disney.

Pero aunque fuera poco realista, Corrine no pensaba matar a aquel burrito solo porque no fuera perfecto.

—¿Tiene idea de quién puede habérselo enviado?

—No.

Matt volvió a suspirar. Aquella vez con más fuerza.

—¿Qué hago con él? Y no me diga que lo deje suelto porque la haré responsable de cualquier cosa que le ocurra a mis yeguas.

Ah, esa era la razón por la que quería sacrificarlo. Qué listo.

—Podemos meterlo en el establo.

—Lo pondré allí... por ahora. Mañana vendré a echar un vistazo a la cerca.

—La cerca es mía, así que lo haré yo.

—Es en beneficio de los dos, señorita Parsons.

—Ya, claro.

El burro eligió ese momento para enseñarle los dientes, enormes y amarillos. Donahue dio un paso atrás, sacudió la cabeza y se dirigió hacia el establo tirando de la cuerda.

—No se ponga muy cerca o le dará una coz —le advirtió, al ver que lo seguía.

Aunque, por su expresión, parecía estar deseando que se la diera.

—Espero que no se le caiga el establo encima. Es muy viejo.

Después de atar al animalillo a un poste, Donahue cerró la puerta.

—¿Tiene algo de comida?

Corrine miró alrededor. ¿No podía arrancar un poco de hierba y echarla en el comedero?

—No sabe qué come, ¿verdad?

—Iré a la biblioteca y me enteraré.

—Ah, claro. Eso es más fácil que preguntar —replicó él, irónico.

—Vale. ¿Qué come?

—Paja, hasta que pueda salir a comer hierba. Debería comprar un par de balas. Y

si quiere que engorde un poco, debería darle pienso. Pero cuando recupere las fuerzas, querrá ir tras mis yeguas.

—Muy bien. Compraré paja y pienso.

Matt miró su reloj.

—Hoy no podrá hacerlo. El almacén cierra a las cinco y media. Además, no suelen vender paja por balas, sino por toneladas...

Como si estuviera escuchando, el burro lanzó un rebuzno que amenazó con tirar las paredes del establo.

—¿Qué le pasa?

—Necesita agua. Pero no entre, lo haré yo.

Su nueva «mascota» decidió en ese momento darle una coz a la puerta, de modo que Corrine no discutió.

—¿Se la ha bebido? —le preguntó después.

—¿Usted qué cree? Luego le traeré paja para que coma durante unos días —dijo Matt, mirando el reloj con gesto impaciente—. Vendré alrededor de las nueve.

Corrine hubiera querido decirle que no hacía falta, pero la verdad era que lo necesitaba. El burrito no podía quedarse sin comer.

Y nadie más que su vecino podía enseñarle a cuidar de él. Sus hermanas no sabían nada de animales y sus maridos, uno abogado y el otro policía, menos.

—Le pagaré —dijo, orgullosa.

—Ya —murmuró él, mirándola de arriba abajo con una sonrisa.

Después, hizo un gesto de despedida y desapareció.

Corrine se acercó al establo y miró por la ventana, esperando ver un gesto amable por parte de su nuevo burrito. Pero el animal movió la cabeza y se pegó a la pared de lo que iba a ser su nuevo hogar.

—Te entiendo —murmuró ella, con una sonrisa—. No sabes cómo te entiendo.

Capítulo 2

—Seños Donahue, llega tarde. Ya sabe que ponemos una multa cuando llegan tarde para buscar a los niños...

—Ya, ya. Póngalo en la factura. ¿Le importa decirle a mi sobrino que estoy aquí?

La irritante señora Beatle no parecía impresionada. A ella no era tan fácil intimidarla como al camionero.

Era un incomprendido. Las yeguas dan problemas, el ganado da problemas... llegan burros inesperados. Uno no puede salir corriendo a la guardería solo porque sean las seis.

Había días, sobre todo en primavera, en los que tenía que atender el parto de varias yeguas. Y soñaba con tener un trabajo que terminase a las cinco y media. O a las siete. O a las once de la noche.

Por otro lado, Matt se sentía muy orgulloso de su vida. Nunca había tenido un jefe, nunca había tenido que darle explicaciones a nadie.

Excepto a la señora Beatle, que seguía dándole la charla como si fuera un crío y no un hombre duro como el pedernal que se ganaba la vida domando caballos.

¿Qué pasaba aquel día con las mujeres?

Aunque la señora Beatle no se parecía nada a su nueva vecina. Nada en absoluto. La señora Beatle era mayor, seca y gorda, mientras su nueva vecina era... todo lo contrario. Hacía mucho tiempo que nadie llamaba tanto su atención.

La recordaba, sobresaltada como un cervatillo, cuando entró en la casa. No sabía que nadie viviera allí, en una propiedad que le había pertenecido a su familia desde hacía años.

Hasta que él la vendió. Seguía pensando que fue un error vender esas tierras. Por eso quería recuperarlas. Como si borrando la evidencia, pudiera borrar un triste período de su vida.

Al principio, le había parecido una adolescente con aquellos vaqueros y la coleta rubia, como una de las animadoras de Miracle Harbor.

Pero, al contrario que las alegres animadoras, la expresión de Corrine Parsons era de auténtico miedo.

Enseguida se dio cuenta de que no tenía miedo de él, que era algo más profundo, algo que seguramente llevaba dentro.

Y se preguntaba qué sería. Él estaba acostumbrado al miedo: yeguas pariendo, caballos que otra gente no se atrevía a domar.

Antes, cuando estaba especializado en domar, más que en criar, solía encargarse de caballos imposibles. Quizá se sentía naturalmente atraído por las criaturas asustadizas.

Y esas criaturas le rompían el corazón. Porque el miedo no nace de la nada, el miedo se instala en el alma cuando no hay confianza, cuando no ha habido cariño.

El burro era un buen ejemplo. Un animal maltratado, herido y muerto de miedo.

Por eso se portaba de forma salvaje.

Matt sintió un pellizco en el corazón al pensar en el miedo de Corrine Parsons. Era como si estuviera alerta contra todo. No había maldad en sus ojos... al contrario que en los de la señora Beatle, que estaba en el segundo capítulo de su charla sobre llegar puntual a la guardería.

Los ojos de Corrine eran suaves y tiernos, como las flores que su hermana había plantado en el jardín... un millón de años atrás.

«Son símbolos de esperanza», había dicho Marianne entonces, cuando todavía les quedaba algo de ilusión.

Si el miedo hace a un animal peligroso, mucho más a un ser humano. Y si un animal podía romperle el corazón...

Matt se recordó a sí mismo que su corazón ya estaba roto.

No, su complicada y bella vecina era una mujer a la que no debía acercarse.

Además, era una chica de ciudad. Su piel clara, sus manos tan suaves... Podía vivir en la cabaña durante el verano, pero cuando llegase el frío invierno y tuviera que cortar leña para calentarse saldría corriendo.

Desgraciadamente, no había podido dejar de fijarse en sus curvas, ni en los generosos labios. Desgraciadamente, había sentido ese... algo que movía el interior de un hombre.

Deseo.

No era solo buena idea alejarse de ella. Era absolutamente necesario. Imperativo.

Se preguntó entonces si la señorita Parsons aceptaría la idea de castrar al burro. Sería una solución. Y le ahorraría tener que reparar la cerca.

Por supuesto, después de haber visto su reacción ante la muy sensata idea de «asesinar» al burro, suponía que Corrine Parsons preferiría castrarlo a él.

En ese momento, escuchó los pasos de un niño por el pasillo y cuando vio la sonrisa de Robbie, se olvidó de todo lo demás.

Robbie, su sobrino de cinco años, tenía el pelo rubio y unos ojos azules como zafiros. Se parecía tanto a su hermana que algunas veces se le hacía un nudo en la garganta al mirarlo.

¿Cómo podía una chica de veintisiete años morir de cáncer? Marianne, llena de alegría y de vida, al final estaba tan destrozada que su muerte fue una bendición.

Hasta entonces, Matt había tenido cierta fe. No era hombre de iglesia, pero cada vez que presenciaba el nacimiento de un potrillo, cada primavera cuando nacían las flores... entonces creía en un ser superior.

Pero tras la muerte de Marianne era como un veterano de guerra, un descreído, un amargado.

Robbie se lanzó sobre él como una catapulta y Matt se tiró al suelo, bajo la atenta y reprobadora mirada de la señora Beatle.

—¿Robbie vendrá mañana a la guardería, señor Donahue?

Él miró los ojitos tristes de su sobrino. Todo el mundo le decía que la guardería

era buena, que Robbie no podía seguir en el rancho con él, que necesitaba relacionarse con otros niños, que debería ver *Barrio Sésamo*, en lugar de a las yeguas pariendo.

Pero, ¿cómo podía obligarlo a soportar el desagradable rostro de la señora Beatle dos días seguidos?

La presencia de Robbie en su vida era lo más preciado para él. Lo único auténtico, lo único en lo que podía creer.

Su hermana le había dicho que el amor sobrevivía a todo.

Y él se agarraba a esa frase como un salvavidas.

—Pues no, señora Beatle. Mañana no viene.

Después de eso, salió de la guardería con Robbie de la mano.

—Tengo hambre, tía.

«Tía».

Ni los ruegos, ni las órdenes, ni las falsas lágrimas habían podido cambiar eso. Robbie lo llamaba «tía» desde que empezó a hablar y esa era su cruz. Una cruz que llevaba bien unos días, peor otros. Manías de los niños, le decía la gente.

Matt intentó recordar si tenía algo en la nevera. Macarrones. Pero habían cenado macarrones el día anterior. Además, el niño necesitaba algo nutritivo. Algo verde, seguramente.

—¿Quieres una hamburguesa?

Al menos, eso tenía pepinillos. Y los pepinillos son verdes.

Quizá si pedía una ensalada, aunque ninguno de los dos la probase, se sentiría menos culpable. Aunque, debía reconocerlo, era un fracaso en el apartado nutricional.

Tontamente, se preguntó si «ella» sabría algo sobre nutrición. Y se enfadó consigo mismo por pensar tal bobada.

Después de cenar, Robbie y él volvieron al rancho para dar de comer a los caballos y más tarde fueron a la cabaña. Su vecina estaba sentada en el porche, con una bolsa de patatas fritas en la mano, rodeada de cajas.

—Quédate aquí —le dijo al niño—. Vuelvo enseguida.

La verdad era que no quería que lo llamase «tía» delante de Corrine.

Matt bajó del camión y ella se levantó, esbelta y curvilínea... limpiándose las manos en el pantalón. ¿Cómo podía ser esbelta y curvilínea al mismo tiempo?

—¿Su cena? —preguntó, señalando la bolsa de patatas fritas.

Corrine Parsons no contestó. Se limitó a mirarlo como diciendo: «mi cena no es asunto suyo».

Robbie, obediente solo cuando quería serlo, bajó del camión y se acercó corriendo.

—Hola.

—Hola —lo saludó ella—. ¿Cómo te llamas?

—Robbie.

—Yo me llamo Corrine.

—Es mi sobrino. Y yo soy su «tío» —dijo Matt, mirando al niño con gesto de advertencia.

—¿Cuántos años tienes, Corrine? —le preguntó Robbie.

—Veintisiete —contestó ella.

Matt dejó escapar un suspiro. Llevaba en pie desde las cinco y media de la mañana y lo último que le apetecía era estar charlando con una mujer que cada vez era más antipática... y cada vez le parecía más guapa.

Quizá porque se había quitado la coleta y el pelo rubio brillaba bajo la bombilla del porche. Curiosamente, el miedo que vio en sus ojos por la tarde había desaparecido. Pero seguía pareciendo intocable. Y muy cansada, como él.

—Yo tengo cinco —dijo Robbie entonces, aparentemente dispuesto a contarle su vida.

—He traído unas balas de paja y un saco de pienso para el burro. Pero habrá que limarle las pezuñas porque...

—¿Un burro? —exclamó el niño entonces.

En casa tenían medio millón de dólares en caballos, pero a Robbie la palabra «burro» le había salido como si dijera «Dios».

—La señorita Parsons tiene un burro.

—¡Me encantan los burros! —gritó el niño.

—¿Desde cuándo? —preguntó Matt, irritado, volviéndose hacia su vecina—. Mire, supongo que no querrá que le lime las pezuñas...

—Para eso tendrías que tirarlo al suelo —intervino de nuevo su fastidioso sobrino.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Corrine.

—¿Tirarlo al suelo? Así es como se obliga a un animal a tumbarse. Hay que atarle las patas para que se caiga... —empezó a explicar Matt. Corrine lo miró como si fuera un bárbaro—. Pero será mejor que lo lleve al veterinario.

—¿Debería llevarlo enseguida? A mí me parece que está traumatizado.

Él la miró, muy serio. ¿Traumatizado? ¿Un burro, traumatizado?

—Le daré el número de una buena veterinaria. Ella le dará un sedante antes de examinarlo.

Su vecina llevaba unos vaqueros que habían visto tiempos mejores y el jeep parecía haber hecho servicio en la Segunda Guerra Mundial, de modo que no debía tener mucho dinero.

Y ya que tenía que pagar a un veterinario, lo mejor sería matar dos pájaros de un tiro.

—Ya puestos, podría decirle que lo castrase.

—¿Castrarlo?

Matt conocía suficientemente bien a las mujeres como para saber que ese cruce de brazos no auguraba nada bueno.

—Sería lo mejor.

—Lo mejor... después de asesinarlo —replicó Corrine.

—Mejoraría su temperamento —insistió Matt, irritado.

Pero ella lo fulminó con la mirada.

—Y, por supuesto, si estuviera castrado no intentaría montar a sus yeguas.

—Pues... no se me había ocurrido.

—Ya, claro —replicó su vecina, irónica.

Desde luego, pegarse con un puerco espín no sería tan difícil como discutir con esa mujer.

—¿Qué significa castrar? —preguntó entonces Robbie.

—Te lo diré más tarde.

—Quiero saberlo.

—Ahora no.

—¿Puedo ver al burro? —le suplicó entonces su sobrino, poniendo cara de bueno —. Por favor, tía.

Corrine levantó una ceja.

—¿Tía? —repitió, incrédula.

Matt dejó escapar un suspiro. Ya estaba. Ya se había enterado.

—Mire, es una historia muy larga y no me apetece contársela. ¿Le importa si llevo la paja al establo y le enseño el burro a mi sobrino?

—Claro que no.

—Estupendo. Venga conmigo. Querrá aprender a darle de comer, ¿no?

Ella se lo pensó un momento.

—De acuerdo.

En lugar de sentarse en la cabina del camión, subió a la parte de atrás. Y, para su sorpresa, Robbie se subió con ella.

Traidor.

Cuando miró por el retrovisor, la vio humedecerse los labios con la lengua. Y tuvo que apartar la mirada.

Matt dio marcha atrás hacia la puerta del establo y cuando detuvo el camión, Corrine estaba intentando descargar una bala de paja.

Cuarenta kilos. Nada. No podía moverla. Consiguió levantarla unos dos centímetros, pero después la dejó caer, colorada como un tomate.

—Yo lo haré.

Pero Corrine Parsons no pensaba abandonar. Poniéndose en cuclillas, empujó la bala con el hombro. Se movió unos... tres centímetros y Matt se sintió tentado de cruzarse de brazos y mirar. Pero su madre le había enseñado a portarse como un caballero.

Subiendo al camión de un salto, tiró dos balas al suelo, como si no supusiera ningún esfuerzo. Ella, de nuevo, lo fulminó con la mirada.

¿Qué quería, que se disculpara por ser hombre? ¿Por tener más fuerza física?

Se preguntaba qué pasaría si le dijera que, en esa postura, parecía una luchadora

de sumo.

Seguramente le daría un puñetazo.

Así que no se lo dijo. Pero no por el puñetazo, sino porque no parecía una luchadora de sumo. O, más bien, parecía una luchadora muy guapa, con la cara roja y el pelo alborotado...

Intentando concentrarse en lo suyo, Matt saltó del camión y llevó las balas, las dos, una en cada mano, al establo.

Estaba presumiendo, se dijo a sí mismo. ¿Y qué? Un hombre también tiene derecho a presumir.

Cuando miró por encima de su hombro, vio que ella había conseguido tirar la bala al suelo y, con la ayuda de su sobrino, intentaba moverla hasta el establo.

Cuando por fin lo consiguió, estaba sin aliento, jadeando. Y sus pechos subían y bajaban bajo la camiseta.

Intentando apartar la mirada, Matt le enseñó cómo arrancar la paja para no cortarse. Pero le resultaba difícil no mirar aquella camiseta. Era uno de los problemas de ser hombre. Que la mirada se va... donde no debe irse.

Mientras echaban la paja en el comedero, el burro se lo agradecía dando patadas. Robbie miraba al animal como si fuera un tierno potrillo y Corrine le reía todas las gracias. Vaya dos.

Por encima del olor del establo y la paja, Matt podía oler la colonia femenina, o el champú... o lo que fuera. Pero olía muy bien. Olía tan bien...

Que no pensaba volver a aquella casa en toda su vida.

Pero si hacía eso, al año siguiente tendría una cría de mulas; en cuanto aquel burro saliera del establo y buscara a sus yeguas.

—Quiero ver al burrito otro día —le dijo Robbie cuando volvían al rancho.

Matt levantó los ojos al cielo.

—¿No te gustan más los caballos? Tienes una yegua...

—No me gusta *Cuppie Doll* —lo interrumpió su sobrino—. Me mira con malos ojos.

Cuppie Doll, una yegua de cría estupenda, solo era simpática cuando estaba preñada. Si no, podía ser muy desagradable.

—¿Y esa «cosa» que has visto antes no te miraba con malos ojos?

—¿Corrine?

—No, hombre, el burro —contestó Matt.

—No me mira con malos ojos. Es bueno. ¿Puedo volver a verlo, tía?

Era la primera vez que su sobrino mostraba ilusión por algo en mucho tiempo. Los dos iban por la vida como autómatas desde la muerte de Marianne.

Seis meses antes.

¿Qué tenía aquel burro que tanto le gustaba? Quizá sentirse atraído por criaturas asustadizas era algo genético.

Pero fuera lo que fuera no podía decirle que no.

—Volveremos dentro de unos días —contestó Matt por fin. De todas formas, tenía que reparar la cerca...

—Corrine es muy guapa, ¿no? Me gustan sus ojos. Son raros.

Era verdad. Tenía unos ojos preciosos. Pero no sabía que su sobrino se fijase en los ojos de las chicas.

Como él.

Si seguía así, además de la cerca para el burro, tendría que levantar una muralla para no pensar en ciertas curvas, en un olor dulce, en unos ojos cuyo color aún no había descubierto.

Matt dejó escapar un suspiro. No era la primera vez que algo escapaba a su control. Pero siempre que eso ocurría, el final no era nada agradable.

Corrine observó el camión alejándose por el camino. Y solo cuando desapareció, pudo respirar tranquila.

¿Por qué la fuerza física de aquel hombre había hecho que le temblaran las rodillas?

Cuando lo vio levantando las balas de paja como si no pesaran nada... la había irritado. Pero detrás de la irritación había otra cosa, un anhelo extraño, un cosquilleo molesto.

Deseo.

—Corrine Parsons, no vas a dejar que algo tan básico te gobierne —se regañó a sí misma.

Y decidida a no dejarse gobernar, se puso a limpiar la cabaña. Por fin, exhausta, abrió el saco de dormir y se tumbó en el suelo.

Pero su plan, trabajar hasta caer agotada para no pensar en Matt Donahue, no parecía funcionar.

Estaba demasiado cansada como para controlar sus pensamientos.

Y esos pensamientos la llevaban hasta su vecino como las olas a la playa. Lo veía levantando las balas de paja, una en cada mano, con los bíceps tensos, brillantes... Recordaba sus ojos castaños, unos ojos que parecían penetrar en su corazón.

Debía recordarse a sí misma que aquel hombre había sugerido asesinar a su burrito. Incluso había sugerido castrarlo.

Pero al recordar su expresión cuando Robbie lo llamó «tía», tuvo que contener una risita.

Tan alto, tan fuerte, tan masculino, tan macho. Tía.

Entonces pensó en Robbie.

A pesar de escribir cuentos, ella no conocía a muchos niños en persona. Y no solía hacer lecturas. Los niños son demasiado vulnerables, demasiado abiertos a la esperanza, a los sueños.

Los niños requerían algo que ella no podía darles.

Corrine dejó escapar un suspiro. En ese momento, el burrito lanzó un rebuzno que rompió el silencio de la noche.

Y, de repente, se dio cuenta de algo. Había dejado que Matt Donahue cuidase de ella. Había puesto las cosas en sus manos, más bien.

Solo aquel día, porque era una emergencia. Pero dejar que reparase la cerca... esa era otra cuestión.

No quería necesitar a nadie.

«Es en beneficio de los dos», había dicho Matt Donahue, con ese tono superior que tanto la fastidiaba.

Qué bobo. Como si ella no pudiera reparar una cerca. Como si ella no pudiera cuidar de un burrito inofensivo.

Corrine decidió rechazar su oferta de ayuda. Había algo en Matt Donahue que le parecía terriblemente peligroso.

Ella sólita repararía la cerca y ella sólita y cuidaría del burro.

Ella sólita.

Sabía por experiencia que era lo mejor.

Capítulo 3

Matt consiguió no volver a la cabaña durante seis días. Pero la comida que dejó para el burro y su habilidad para distraer la atención de Robbie habían llegado al límite.

Pensó entonces que quizá debería haber ido todos los días. Si ella hubiera terminado insultándolo, quizá así podría apartarla de sus pensamientos.

Pero, por alguna razón, lo que recordaba eran sus ojos. Y sus labios, cuando los humedeció con la punta de la lengua, dejándolos como si hubieran sido besados por el rocío de la mañana...

Lo cual mostraba que un hombre puede convencerse de cualquier cosa si lleva mucho tiempo sin besar a nadie.

El hecho de que no pudiera recordar cuándo fue la última vez que besó a una mujer era la prueba.

¿Era Bárbara la última mujer a la que había besado? Se habían separado poco después de que a su hermana le diagnosticasen un cáncer de mama. Y eso había ocurrido hace muchísimo tiempo. Era lógico que fuera vulnerable a una cara bonita.

Con esa vulnerabilidad en mente, llegó a la cabaña al sexto día, muy temprano. Con un poco de suerte, podría levantar el cercado antes de que ella se despertase.

—Ve a visitar al burro, Robbie. Yo voy a ver a...

«Esa bruja tan guapa», fue lo primero que se le ocurrió.

—Corrine.

—Corrine —asintió él, aunque sabía que llamarla «señorita Parsons» sería mucho más seguro—. Pero no te acerques demasiado al burro, ¿vale?

El niño asintió solemnemente.

—Vale, tía.

Levantando los ojos al cielo, Matt subió los escalones del porche saltándose el segundo, que estaba comido por la carcoma. Pero antes de llegar arriba, escuchó el sonido de un martillo.

Cuando se volvió, vio una figura vestida de amarillo en medio de la hierba.

Arreglando la cerca.

Lo hacía por orgullo, seguro. Y una vocecita le dijo que fuera a buscar a Robbie y se marchase de allí.

El hecho de que sintiera una punzada de compasión por aquella mujer solo servía para probar que justo eso era lo que debía hacer.

Había algo muy triste en que Corrine Parsons insistiera en hacerlo todo sola. Como si no confiara en nadie, como si tuviera algo que probar.

«Márchate», le dijo esa vocecita de nuevo.

Pero entonces pensó en su hermana Marianne. Ella también fue una mujer sola, con un niño sin padre. ¿Qué habría pensado él de un hombre que no quisiera ayudarla? ¿De un hombre que se diera la vuelta al verla reparando una cerca con esas

manitas...?

Dejando escapar un suspiro, Matt bajó los escalones del porche. ¿Había tardado seis días en organizar aquel desastre? La cerca estaba mal colocada, los postes torcidos o demasiado clavados en el suelo. Receloso, miró el clavo que sobresalía de uno de ellos. Cuando le dio un empujoncito, el poste cayó al suelo. Como sospechaba, Corrine Parsons estaba usando clavos de los de colgar cuadros.

Colocar una cerca requería cierta experiencia. Que ella no tenía, desde luego.

Matt sacó la caja de herramientas del camión y miró hacia el establo donde Robbie, subido a un viejo barril para llegar a la ventana, charlaba tranquilamente con el burro.

—¿Quieres ayudarme con la cerca?

—No, gracias.

Era la primera vez que su sobrino le decía que no y se sintió un poco celoso del maldito burro. Desde que lo vio en el camión, supo que iba a ser un fastidio.

Haciendo ruido para no volver a asustarla, Matt se acercó a su vecina. Y ella, por supuesto, lo miró con gesto avinagrado.

—Buenos días.

Corrine estaba intentando colocar uno de los postes y apenas lo miró de reojo.

—Yo colocaré mi cerca, muchas gracias —le dijo, a modo de saludo, mientras intentaba golpear un clavo. Falló, por supuesto.

Pero Matt sabía que, si sonreía, era hombre muerto.

—Es una buena cerca. La coloqué yo cuando tenía dieciséis años —insistió, mirando la miniatura de martillo que ella estaba usando.

—Qué bien.

—Generalmente, para levantar una cerca hay que colocar clavos de buen grosor.

Su vecina lo miró entonces y Matt se percató de que Robbie tenía razón. Sus ojos eran raros; verdes y azules... y de varios colores más. Eran unos ojos preciosos.

Pero lo miraba con una expresión muy poco amistosa.

Su pelo rubio brillaba bajo los primeros rayos del sol y, si no se había equivocado, tenía un par de pecas en la nariz.

Llevaba una camisa amarilla que le quedaba muy bien y los vaqueros gastados en... sitios peligrosos. O tentadores. Según se mirase. Y según quién mirase.

—Si un animal empuja esta cerca, se vence —le dijo, empujando el poste con un martillo pilón—. ¿Ve?

Corrine se cruzó de brazos, con ese gesto suyo que Matt estaba empezando a odiar.

—Veo.

—Pero si pone los clavos así, transversales, por mucho que empujen, no se cae.

—Ah.

—Además, debe usar clavos de seis centímetros. ¿Qué tipo de clavo es este?

—No sé cómo se llama.

—Y necesita un martillo grande. No ese de la Barbie.

—El martillo equivocado, los clavos equivocados... ¿Estoy haciendo algo bien?

—No —contestó Matt. Corrine pareció a punto de tirarle el martillo de la Barbie a la cabeza—. Si quiere hacer otra cosa, yo puedo colocar los postes.

—¿Otra cosa? ¿Galletas, por ejemplo?

—Mire, señorita Parsons, no quiero insultarla. Llevo haciendo esto toda mi vida y solo quiero evitar que su burro llegue hasta mis yeguas.

—Me está mirando con una expresión que conozco bien.

—¿Qué expresión?

—La de: «Qué mona, una chica con un martillo en la mano».

Aquella era una situación en la que no podía ganar. Si le decía que no era mona, se metía en un lío. Pero si estaba de acuerdo, se metería también.

—Puedo enseñarle cómo hacerlo.

—No necesito ayuda.

—Ya lo veo —dijo él, irónico—. Pero le recuerdo que son mis yeguas.

—Y que podría demandarme si les pasa algo, ¿no?

Matt se encogió de hombros. Al fin y al cabo, estaba preocupado por sus yeguas. Aunque, al ver aquellos postes torcidos... algo se había movido en su interior. Y no solo el deseo de portarse como un caballero.

La verdad era que le gustaría borrar la tristeza que veía en sus ojos.

Pero no debía pensar tonterías, se dijo, sacando un montón de clavos de la caja de herramientas.

—Robbie está en el establo. ¿Le importa?

—No.

—¿Quiere sujetar el poste?

—He hecho progresos con mi burrito —dijo Corrine entonces.

«Mi burrito». Por alguna razón, aquellas palabras lo llenaron de ternura. Pero Matt sacudió la cabeza.

—¿Qué progresos?

—Ya no me odia.

Estupendo. Que alguien sacara una botella de champán.

—Levante el poste un poco. Un poco más. Ahí.

—¿Cuida de Robbie mientras su madre está trabajando?

Aquella pregunta era algo muy parecido a una conversación normal. ¿Sería capaz su vecina de mantener una conversación normal?

—Mi hermana murió. De cáncer. A los veintisiete años.

—Lo siento mucho, Matt —dijo ella entonces—. De verdad.

Lo había tuteado. Y cuando la miró, Corrine tenía los ojos brillantes, como si estuviera a punto de llorar.

Y entonces se dio cuenta de que Corrine Parsons era una de esas personas de sentimientos muy profundos. Por eso levantaba una barrera, para protegerse.

—¿Cuándo murió? —le preguntó entonces, poniendo una mano en su brazo.

Curiosamente, el calor de aquella mano femenina lo animaba a hablar, a desahogarse. Y lo aturdía sentirse tan vulnerable solo por una mirada, por un roce.

—Hace seis meses.

—¿Robbie está bien?

—En general, sí.

Afortunadamente, no le preguntó si él estaba bien. Matt volvió a trabajar y ella hizo lo propio.

—¿Dónde está su padre? —preguntó Corrine entonces.

—Mi hermana nunca me contó quién era.

—Ya veo.

—¿Por qué has venido a Miracle Harbor? ¿De dónde eres?

—Tengo familia aquí. Pero soy de Minnesota.

Por su tono de voz, Matt adivinó dos cosas: una, que su familia era muy importante para ella. Y dos, que no le gustaba hablar de sí misma.

Pero decidió hacer otra pregunta. Siempre le habían gustado los riesgos.

—¿Y qué estás haciendo aquí?

—Darle refugio a burros abandonados —contestó Corrine, tan tranquila.

Treinta años de vida deberían haberle enseñado que las mujeres son raras. Y peligrosas. Y que despiertan sentimientos por muy antipáticas que sean. Y que sus labios son tentadores...

Matt se metió el martillo en la presilla de los vaqueros.

—Voy a ver qué hace Robbie.

El niño seguía sobre el barril, con los codos apoyados en el alféizar de la ventana, mirando al burro, que lo miraba a su vez como si fuera un microbio.

—Y mi mamá olía muy bien —oyó que le estaba diciendo—. Y me hacía galletas.

A Matt se le hizo un nudo en la garganta. Robbie nunca le hablaba de su madre. ¿Por qué? ¿Porque veía dolor en sus ojos cuando lo hacía? ¿Lo había obligado, inconscientemente, a guardarse sus sentimientos?

O quizá hablar con el burro era más seguro. El burro no iba a contestar. No iba a hacerle preguntas.

—Hola.

El niño se volvió, con una sonrisa en los labios.

—Es un burrito más bueno...

El «burrito» probó lo bueno que era enseñándole los amarillos y enormes dientes a Matt.

—Sí, ya lo veo. ¿Quieres ayudarme con la cerca?

Pero Robbie, que solía saltar ante una oportunidad de ayudarlo, ni siquiera lo miró.

—No. Estoy contándole cosas.

¿Podría decirle que él también quería escucharlo? ¿Y si no supiera qué hacer

cuando le contara lo que sentía? ¿Si no supiera cómo consolarlo?

—Hay refrescos en el camión. Están en la bolsa nevera.

—Vale —dijo el niño. Pero no se movió.

Suspirando, Matt sacó dos refrescos de la nevera y se acercó a Corrine.

—¿Descansamos un rato?

Hacía calor. El sol de mayo en Oregón era casi como el de julio en otras partes del estado.

—No hace falta que sigas ayudándome. Ya sé cómo hacerlo bien.

—Ya, pero es que mi sobrino está enamorado de tu burro y no quiere moverse.

Le hubiera gustado decirle que Robbie estaba contándole cosas sobre su madre muerta y pedirle consejo... especialmente cuando ella sonrió. Cuando Corrine Parsons sonreía, dejaba de ser guapa para convertirse en preciosa.

Pero enseguida empezó a dar martillazos de nuevo. Sin dar en el clavo, por supuesto.

Sería mejor no decir nada, pensó Matt. Con las criaturas asustadizas, lo mejor era tener la boca cerrada.

Se conformaba con no asustarla más. No quería que le enseñara los dientes. Aunque seguro que los suyos eran más bonitos que los del desagradable asno.

Matt le dio el refresco y Corrine lo aceptó sin decir nada.

Mientras ella bebía, sacó su martillo pilón y clavó el clavo de un martillazo seco.

«Estás presumiendo otra vez», le dijo una vocecita. Muy molesta la vocecita últimamente.

Pero, aunque sabía que estaba presumiendo, con el rabillo del ojo vio que Corrine se fijaba en sus bíceps.

Y eso le hizo ilusión.

Corrine tomó otro sorbo de refresco, enfadada consigo misma.

Se había jurado arreglar la cerca sola. Sola. No con aquel hombre a su lado.

Y no solo había aceptado su ayuda, sino que estaba tomando un refresco con él y fijándose en sus bíceps.

Pero que la madre del niño hubiera muerto lo cambiaba todo. Que aquel niño tan guapo con ojos como zafiros y sonrisa de ángel estuviera solo en el mundo... Bueno, solo no, con aquel listo.

Seguramente, se sentía irresistiblemente atraída por los huérfanos. Por eso el libro de cuentos había tenido tanto éxito. A través de una historia inventada, de unos dibujos que ella misma hacía, podía mostrar las emociones que tenía guardadas dentro.

Y Corrine sabía muy bien lo que era ser huérfana. Sabía muy bien lo que era sentirse sola en el mundo. Incluso sabía lo que Matt sentía, aunque lo escondiese bajo una capa de bíceps y martillazos.

Los ojos de Matt Donahue eran muy expresivos. Estaban llenos de dolor y de pena. Y, por su forma de tratar a Robbie, tenía la impresión de que era un hombre con una inmensa capacidad de amor.

Era imposible ser desagradable con él. Bueno, más desagradable de lo que ya había sido. Ella no era por naturaleza desagradable, pero estaba tan acostumbrada a aparentarlo que mucha gente lo creía. Sobre todo, los hombres.

Pero sus hermanas sabían que no era así. Aunque apenas se conocían, parecían intuir cosas de las que ni siquiera ella misma estaba segura.

Lo mejor sería terminar con la maldita cerca lo antes posible, darle las gracias por ser tan buen vecino y decirle adiós.

Y esperar que no volviera con aquel sobrino suyo que se le metía en el corazón.

Cuando volvió a mirarlo, le pareció que él leía sus pensamientos. Aquellos ojos oscuros tan profundos, tan teñidos de tristeza, podrían hacer que a cualquier chica se le doblaran las rodillas.

Podrían hacerle creer que, como sus hermanas, ella también tenía derecho a un milagro.

Para no seguir pensando, se dedicó a buscar el martillo, que había tirado en alguna parte. Pero la hierba era tan alta que no podía encontrarlo. Matt la miraba con un brillo de burla en los ojos y cuando por fin lo encontró, su antipatía por él había crecido una barbaridad. Le daba rabia ver ese brillo irónico en sus ojos, le daba rabia que clavase los clavos como si fueran de mantequilla.

Y le daba rabia que sus hermanas tuvieran confianza en la vida.

Ella era mucho más cínica.

Todo el resentimiento que sentía fue a parar a un pobre clavo. Le mostraría a Matt Donahue que ella podía clavar cercas como el primero, le mostraría que no necesitaba a nadie, le mostraría que...

Pero no dio en el clavo. Enfadada y furiosa, se machacó el dedo gordo. Escuchó el ruido del hueso al partirse y, por un momento, no sintió nada.

Por un momento pensó que Matt no se había dado cuenta.

Pero entonces sintió un dolor espantoso y tuvo que morderse los labios para no gritar. Dolorida, cayó de rodillas al suelo.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has hecho daño en la mano? Déjame ver.

Matt sujetó su muñeca y miró el dedo herido. Tontamente, Corrine pensó que sus manos eran exactamente como había pensado que serían: fuertes, rudas...

Todo en él era fuerte y rudo. Lo que nunca hubiera podido imaginar era la ternura que habría en aquel roce.

Cuando lo miró a los ojos, vio que sus pestañas eran demasiado largas. Y que tenía sombra de barba. Olía a cuero, a paja y a limpio. A hombre.

En otra parte de su cerebro, la que controlaba la realidad, de repente se encendió una lucecita de alarma. Era su mano derecha, la mano con la que escribía, con la que hacía dibujos...

Y tenía que terminar otro cuento. Tenía que limpiar una cabaña. Tenía que dar de comer a un burro.

—Me parece que te has roto el dedo.

—Estoy bien. Déjame.

Matt la miró, sorprendido.

—Voy a buscar a Robbie. Al burro no le hará gracia perderse la telenovela, pero me parece que hay que ir al hospital.

—No pienso ir al hospital.

Él levantó una ceja.

—¿Y quién ha dicho que voy a llevarte a ti? A lo mejor, voy a llevar al burro. Como estás incapacitada, podría llevarlo al veterinario para que lo castrase. Así no tendría que ocuparme de la cerca.

Además del cuento, la cabaña y el burro, la cerca. No podía haberse roto el dedo. Simplemente, no podía ser.

—No estoy incapacitada —murmuró, intentando controlar las lágrimas. Le dolía el dedo como si... como si se lo hubiera machacado, desde luego.

—Afortunadamente, es la mano derecha, así que no podrás darme una bofetada.

Ella miró el pimiento que solía ser su pulgar.

—Puedo darte con la izquierda. Soy prácticamente ambidiestra.

Matt Donahue soltó una carcajada. Era un sonido maravilloso, un sonido consolador y dulce. Él la levantó entonces como si no pesara nada.

—¿Puedes andar? ¿O quieres que te lleve en brazos?

—Es el pulgar, no el dedo gordo del pie.

«No me llesves en brazos, no me llesves en brazos como si fuera una niña». «No me llesves en brazos como alguien a quien se quiere, a quien se cuida».

—Gracias por advertírmelo. La anatomía no es mi fuerte.

Mientras hablaba, la llevaba hasta el establo sujetándola por la cintura. Pero Corrine se sentía enferma. El dolor la hizo pararse un momento para respirar... y entonces Matt la tomó en brazos. Ella no protestó.

En absoluto. Todo lo contrario. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en aquel torso ancho y duro. Reconoció que Matt estaba cuidando de ella... y que le gustaba.

Y fue entonces cuando rompió su regla número uno.

Se puso a llorar.

Capítulo 4

Corrine había dejado de llorar, pero estaba muy pálida. Matt sabía que estaba intentando no desmoronarse y le hubiera gustado decirle que no pasaba nada, que todo iba a salir bien, pero iba a necesitar algo más que eso para que lo dejara hacer.

Y le gustaría que le dejara hacer muchas cosas... Un pensamiento ciertamente pecaminoso. ¿De dónde había salido? Corrine Parsons era muy guapa, pero también muy antipática y demasiado complicada como para estar interesado en ella.

Ningún hombre sensato se interesaría por una mujer así.

Pero su sensatez parecía haber desaparecido con la llegada de aquel burro. Contra el sentido común, se había metido en su vida... para impresionar a su hermana, que estaba muerta. ¿Se podía estar más loco?

Sí. Porque había decidido reparar la cerca y trabajar a su lado cuando, obviamente, ella no podía ni verlo.

Pero Corrine, tan independiente, tan segura de sí misma, no podía levantar un martillo sin destrozarse las falanges.

Y lo que le quedaba de sentido común acababa de irse por la ventana cuando la tomó en brazos. ¿Cómo podía ser tan dura y, sin embargo, tan suave al tacto? ¿Cómo podía ser tan antipática y, sin embargo, derrumbarse ante algo tan simple como que alguien la ayudase?

Le gustaba tenerla en brazos, le gustaba sentir la carita femenina pegada a su torso, su calor envolviéndolo...

—¡Robbie! —llamó a su sobrino, impaciente, cuando vio que no estaba en el barril.

Justo en aquel momento, cuando más lo necesitaba, el niño decidía desaparecer.

En ese momento, la puerta de la cabaña se abrió y, para su vergüenza, Robbie salió corriendo de la casa.

¿Por qué se había metido allí sin que nadie lo invitara? Matt miró a Corrine para ver si estaba enfadada, pero ella no parecía haberse dado cuenta.

Robbie llegó corriendo con una sonrisa en los labios, pero al verla en sus brazos, la sonrisa desapareció.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha hecho daño en el dedo. Tenemos que llevarla al hospital, así que sube al camión. Y, por cierto, ¿qué demonios hacías dentro de la casa?

—No importa —dijo Corrine en voz baja.

—Pero a mí sí. No me gusta que entre en casa de nadie.

—Tenía que ir al baño —explicó Robbie.

Corrine sonrió. Un gesto que no hacía a menudo. Matt se dijo que no le importaba, que no quería hacerla sonreír, que no quería saber cómo era su risa.

Pero... no era verdad.

Sujetándola con un solo brazo, abrió la puerta del camión y la colocó en el

asiento. Estaban tan cerca que podía ver los puntitos azules en sus ojos, el dibujo de los labios...

Salió de la cabina a tal velocidad que se dio un golpe en la cabeza. Justo lo que necesitaba, desde luego.

Robbie subió al camión y, con el rabillo del ojo, Matt lo vio inclinarse para decirle algo al oído.

Corrine miró al niño, sorprendida. Pero no dijo nada. Y su sobrino no necesitó más invitación para apoyar la cabeza sobre su hombro, con una sonrisa en los labios.

¿Qué estaba haciendo el enano, tonteando con su vecina?

Ella alargó la mano izquierda y acarició el pelito rubio del niño. La ternura que había en su rostro dejó a Matt con un nudo en la garganta. No era solo guapa, era preciosa.

Llegaron al pueblo en siete minutos, un récord incluso para él, el conductor más multado de Miracle Harbor.

El hospital estaba cerca del puerto, un sitio que había visto mil veces, pero que aquel día le pareció diferente. Más hermoso, más grande. Y tenía la horrible impresión de que ese cambio se debía a Corrine Parsons.

El servicio de urgencias estaba, afortunadamente, vacío y la enfermera parecía encantada de tener una paciente.

—¿Te importa llamar a mis hermanas? Se llaman Abby y Brittany —le pidió ella, cuando se la llevaban por el pasillo.

Matt anotó los números de teléfono en un papel y llamó primero a Abby. Tenía la misma voz que Corrine, solo que con diferente acento. Y con Brittany le pasó lo mismo. Qué raro, pensó.

Pero cuando, media hora después, levantó la cabeza de la revista que estaba hojeando y vio a Corrine entrando por la puerta del hospital, se quedó boquiabierto. No podía ser.

No, claro. Además, su Corrine llevaba una camisa amarilla y unos vaqueros viejos, mientras aquella otra parecía recién salida de una pasarela en París.

Para aumentar su confusión, otra Corrine entró entonces a la carrera.

Robbie, con los ojos como platos, le dio un golpe en el brazo.

—¡Son tres!

Las dos mujeres se acercaron y Matt, disimulando su confusión, se levantó del asiento.

—¿Eres Matt Donahue? ¿Qué le ha pasado a mi hermana? —le preguntó la que iba mejor vestida.

De cerca, no se parecían tanto. Aquella Corrine era mucho más coqueta, más llamativa. Y la otra, tenía una serenidad que su vecina no poseía. ¿Cómo tres mujeres que se parecen tanto pueden ser tan diferentes?

—Estábamos... arreglando una cerca y sin darse cuenta, se dio un martillazo en el dedo.

—¡Arreglando una cerca! —exclamó la más elegante—. Yo soy Brittany, y ella es Abby.

Robbie, a quien no le gustaba quedarse fuera de ningún fregado, se presentó a sí mismo.

—Qué rico es —sonrieron las dos.

—La nuestra es mejor —dijo el niño entonces, cruzándose de brazos y mirando analíticamente a las hermanas.

Matt se puso como un tomate. Por supuesto, Abby y Brittany no pensarían que se refería a Corrine cuando había dicho «la nuestra». Como si hubieran comprado a la mejor de las trillizas.

—¿Dónde está? —preguntó Abby—. ¿Se encuentra bien?

—Le duele mucho, pero solo se ha roto un dedo.

—¡Se ha roto un dedo!

—Me temo que sí.

—¿Y usted a qué se dedica? —le preguntó Brittany entonces.

—Crío caballos —contestó Matt.

—¿Cría caballos? —repitió ella, dándole un codazo a Abby en las costillas—. Qué bien.

—Se la ha llevado la enfermera por el pasillo...

Estaba seguro de que Brittany ni se fijaría en el cartel de «Solo personal autorizado».

Como esperaba, la elegante rubia le dio un empujón a la puerta que habría aplastado a cualquier incauto.

—¿Vienes, Abby?

—Me parece que no se puede entrar —dijo Matt, con muy poca convicción.

Abby siguió a su enérgica hermana sin decir nada.

Trillizas. Tres hermanas iguales. Si ya tenía la impresión de que su mundo se había puesto patas arriba, aquello se lo confirmó. Entonces se le ocurrió pensar que con sus hermanas allí, él ya no pintaba nada.

Pero se quedó. Y no era precisamente por los fascinantes artículos de las revistas que había en la sala de espera.

Era lo más lógico, se dijo. Al fin y al cabo, él la había llevado al hospital.

Media hora después, las dos hermanas volvían a salir por el pasillo.

—Ya casi han terminado de escayolarle el dedo —le dijo Brittany—. ¿Le importaría llevarla a casa? Yo tengo que ir a una reunión urgente y Abby tiene que... cuidar de un pariente.

Aunque Abby no hubiera puesto cara de horror, Matt intuyó que era mentira. Sabía muy bien qué clase de persona era la tal Brittany: una casamentera.

Pero antes de que pudiera escapar del lazo, Robbie apareció a su lado y le dio la mano.

—Nosotros la llevaremos a casa —dijo, haciéndose el importante—. Es

«nuestra».

Brittany parecía encantada con la noticia y Abby no pudo controlar la risa. Tenía una risa preciosa, melódica y muy femenina. Y Matt se preguntó cómo sería la risa de Corrine.

Las dos hermanas se despidieron y unos minutos después, su irritable vecina apareció con una escayola que iba desde el codo hasta el dedo.

—¿Dónde están mis hermanas?

—Las dos tenían cosas que hacer. Me han pedido que te lleve a casa.

Aparentemente, tampoco a ella le pasó desapercibida la intención casamentera porque se puso como un tomate. O quizá era la medicación.

Pero cuando volvió a mirarlo, tenía la barbilla levantada, como diciendo: «Que conste que no me interesas nada».

—A mí tampoco.

—¿Perdona?

Matt hubiera deseado que sus hermanas la vieran en ese momento. Tenía una mirada que habría dejado seco hasta al más pintado.

Lo cual era un alivio.

—No, nada. ¿Nos vamos?

—De acuerdo —dijo ella, sin mirarlo.

Solo por buena educación no había añadido: «aunque preferiría volver en un camión lleno de cocodrilos hambrientos, pero mis opciones son limitadas».

No lo había dicho, pero Matt lo entendió de todas formas. Estaba claro que quería recuperar la fría actitud anterior al episodio del dedo machacado. No pensaba volver a llorar sobre su camiseta.

Corrine consiguió que Robbie se sentara en medio para el camino de vuelta. Mejor, pensó Matt. ¿Quién necesitaba sentir aquel hombro blandito y suave pegado al suyo?

Él.

Pero no debía pensar esas cosas. No debía y no podía.

—Me he quedado de piedra cuando he visto a tus hermanas.

—¡Yo también, tía! —exclamó Robbie, tan inoportuno como siempre.

Corrine sonrió.

—Así es como me quedé yo cuando las conocí.

¿Cuando las conoció? ¿Cuando conoció a sus hermanas trillizas?

—No te entiendo.

—No crecimos juntas. Nos separaron cuando éramos muy pequeñas.

Eso explicaba que cada una tuviera un acento diferente. Cuando Matt la miró de reojo, vio en su rostro una expresión de dolor. No sabía si por el dedo o por lo que le estaba contando. Mejor no preguntar, se dijo.

Pero no podía evitarlo.

—¿Por qué?

—No lo sabemos. Hay una mujer, la señora Pondergrove, que tuvo algo que ver... pero ha tomado unas repentinas vacaciones y no puede contarnos nada. El marido de Abby es policía y está intentando averiguar algo.

«Déjalo, no sigas preguntando», le ordenó una vocecita.

Sordo, estaba sordo.

—¿Y qué ha averiguado?

—Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando teníamos dos años y yo fui a vivir con una tía mía. Durante un tiempo. No sé por qué a mis hermanas las llevaron a otro sitio.

Le había temblado la voz cuando dijo «durante algún tiempo».

—¿Y cuándo conociste a tus hermanas?

—Hace unos meses. Aquí.

No parecía tener ganas de hablar. Matt sospechaba que había muchas cosas de las que Corrine Parsons no quería hablar. Y sospechaba también que era precisamente de esas cosas de las que debería hablar.

Pero no pensaba seguir con el tema. Solo pensaba llevarla a casa.

Y luego arreglar la cerca. Nada más.

—Lo siento —dijo simplemente. Tras la muerte de Marianne sabía que eso era lo único que podía decirse.

Cuando la miró, vio que ella estaba secándose una lágrima.

—Mi mamá también se murió —dijo entonces Robbie.

Corrine no dijo nada, pero le pasó un brazo por encima del hombro. Y no se movió durante los seis minutos y medio que tardó en llegar a la cabaña. Conducía demasiado rápido y, aquella vez, no podía justificarlo con una emergencia.

Aunque dependía de cómo cada uno definiera una «emergencia». La riada de emociones que aquella mujer despertaba, la cantidad de preguntas... también eso era una emergencia.

—A mí me gusta que seáis tres —dijo entonces su sobrino—. Pero tú eres la mejor.

Corrine miró al niño con tal expresión de sorpresa que Matt sintió un pellizco en el corazón. Estaba escrito en su cara: ella nunca había sido la mejor en nada. O nadie se lo había dicho.

Había tanto dolor en aquella chica que quizá era demasiado para un hombre. Especialmente, un hombre como él con su propia carga de pena.

Matt hubiera querido dejarla en la cabaña y salir pitando. Pero cuando paró el camión, se dio cuenta de que no podía hacerlo. ¿Cómo iba a manejarse con el brazo escayolado? Por su expresión, se mataría intentándolo, pero aunque pudiera... ¿quién iba a encargarse del burro?

Además, a Marianne no le haría gracia que la dejara sola.

Robbie ya había saltado del camión y estaba entrando en la cabaña como si, después de su breve visita al cuarto de baño, se hubiera convertido en copropietario.

Había cajas por todas partes y Matt se fijó en un colchón y un cabecero, apoyados en la pared del dormitorio.

—¿Duermes en ese colchón?

—También puedo dormir en el sofá. Tengo que abrir las cajas, pero es que he estado ocupada con el burrito y con la cerca...

—Mi tía te hará la cama —anunció entonces Robbie, tomándola de la mano para llevarla al sofá—. Tú siéntate aquí. Mi tía tiene refrescos en el camión.

Su «tía» estaba a punto de estrangularlo. Pero se contuvo.

Corrine pareció a punto de rechazar la oferta, pero no lo hizo.

—Gracias.

—¿Tienes hambre? —siguió Robbie, atento a todas sus necesidades—. Puedo hacerte un sándwich de jamón o de crema de cacahuete. ¿Tienes crema de cacahuete?

—Es lo único que hay en la nevera —sonrió ella—. La que tiene trozos de cacahuete es mi favorita.

Ya estaba. Se había ganado a Robbie de por vida.

—Voy a buscar los refrescos.

—Gracias.

—De nada —dijo el niño, antes de salir dando un portazo.

Estaba sonriendo, pero Matt se daba cuenta de que le costaba aceptar las atenciones de su sobrino. Como le costaba aceptar las atenciones de cualquiera.

Y también se dio cuenta de que a él nadie le había ofrecido ni un sándwich ni un refresco.

—Es un niño muy considerado, ¿verdad? —preguntó Corrine, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá.

—Desgraciadamente, sabe más de lo que debería saber sobre cómo cuidar a una persona enferma.

—Ah, es verdad. Lo siento muchísimo...

Y entonces Matt vio quién era Corrine Parsons en realidad. Y no era una mujer dura. Era una chica tan sensible que había tenido que construir barreras a su alrededor para no desmoronarse, para que nadie lo supiera.

Pero él lo sabía.

—Voy a colocar tu cama —dijo en voz baja—. Y después, te dejaremos en paz.

Pero, por supuesto, la vida no era tan sencilla. Colocó la cama en diez minutos, pero entonces se preguntó cómo iba a hacerla ella con una sola mano. De modo que empezó a abrir cajas para buscar las sábanas.

No eran sábanas de colores, eran simplemente blancas. Y las mantas tampoco eran bonitas, sino grises, como las que usan en el ejército.

Le daba pena que Corrine no tuviera cosas bonitas y se preguntaba por qué. Quizá porque había visto quién era en realidad... y una mujer así debería tener cosas bonitas.

Después de hacer la cama, salió del dormitorio y la encontró comiendo

sándwiches de crema de cacahuete con su sobrino. Robbie lo invitó a acompañarlos y Matt aceptó. ¿Por qué iba a negarse? Su sobrino estaba encantado con Corrine... y él también. Aunque no le gustase nada reconocerlo.

Entonces se fijó en un caballete que había cerca de la ventana. En el lienzo estaba pintado el rostro alegre de una niña. Dada la simplicidad del dibujo, le sorprendió que lo emocionase. Tenía la impresión de que conocía esa cara, pero no podía ser.

Mientras comían, Robbie empezó a sugerir posibles nombres para el burro: *Fred, Johnny, Harvey, Cacahuete...*

—¿*Cacahuete*?

—¿A que parece que tiene la cara de cacahuete? —se defendió el niño.

—No sé...

—¿Qué tal *Mantequilla*?

—Sí, claro, ese burro es igual de suave y delicado —rio su tío.

Robbie arrugó la nariz, pero Corrine sonrió.

Matt deseó hacerla reír. Deseaba hacerla reír con todas sus fuerzas. Y eso lo ponía muy nervioso. Por eso se levantó.

—¿No limpiamos la cocina? —le preguntó la voz de la conciencia... o sea, su sobrino.

—Iba a hacerlo, listo. Voy a limpiar un poco.

—No hace falta —dijo Corrine.

—Sí hace falta. Tú no puedes limpiar con el brazo así.

Cuando terminó de colocar cajas y guardar las cosas en la nevera, los descubrió dormidos en el sofá. Su sobrino, con la cabeza apoyada sobre el hombro de Corrine.

Era raro. Robbie no solía confiar en la gente. ¿Qué tenía su áspera vecina que le resultaba tan irresistible?

Pero le gustaba mirarla. Dormida, parecía tan inocente como el niño. Cuando no lo fulminaba con la mirada, era tan guapa que parecía un ángel.

Matt dejó escapar un suspiro y, después de tomar a Robbie en brazos, arrojó a Corrine con una manta del dormitorio.

Le habría gustado pensar que salía de aquella cabaña para siempre, pero no se hacía ilusiones. Sabía que volvería.

La excusa sería la cerca... o el burro. Quizá ayudarla a abrir cajas.

La verdad era más preocupante. Se sentía atado a aquella chica por un misterioso lazo. Y le resultaba tan irresistible como a su sobrino.

Corrine se despertó mareada y con la boca seca. Cuando se movió, el dolor le llegó hasta el cerebro. Y entonces se dio cuenta de que estaba tapada con una manta.

La molestaba haberse quedado dormida con Matt en la casa. Debía ser la medicación, se dijo. Ella no se quedaba dormida delante de extraños.

Aunque, si iba a confiar en alguien, Matt Donahue no era precisamente una mala

elección.

Cuando recordó cómo la había tomado en brazos para llevarla al camión, se puso colorada. Nunca había estado tan cerca de un hombre. Tan cerca que su olor llenaba sus sentidos. Tan cerca que podía sentir los fuertes músculos de su torso bajo la cara, tan cerca que podía oír los latidos de su corazón.

Matt era el tipo de hombre en el que todo el mundo se apoya. Era un hombre fuerte, seguro de sí mismo. Estaba en su forma de andar, en su forma de hablar, en su forma de mirar a los ojos; era un hombre leal, un hombre de palabra. Un hombre que se ganaba la vida trabajando con las manos y cuyas facciones se suavizaban cada vez que miraba a su sobrino.

Aunque ella no debería estar pensando en él cuando se sentía tan débil.

Corrine solía confiar en sí misma, nunca en los demás. Excepto en sus hermanas. En ellas había confiado inmediatamente.

Un error, aparentemente, ya que la habían dejado en el hospital al cuidado de un extraño.

—Tremendamente atractivo —le había dicho Brittany.

Debería haber recordado que no podía confiar en ella cuando se trataba de hombres. El primer libro que le había regalado su hermana se llamaba: *Cómo encontrar a tu media naranja*.

Después de casarse, se había vuelto incorregible, siempre intentando encontrarle novio a todo el mundo, sobre todo a ella.

—La señora Pondergrove tendrá que hacer otro vestido de novia —había dicho, muy enigmática.

—Pero si dices que está de vacaciones.

—Sí, pero le ha enviado unos patrones a Abby desde alguna parte en Wyoming. Pobre Jordan, el pobre está desesperado por verla.

Jordan era su suegro. Según Brittany, que era una experta en asuntos del corazón, Jordan estaba loco por Angela Pondergrove.

Y Corrine debía haber estado ciega para no ver que quería liarla con su vecino en cuanto lo vio en el hospital. No paraba de decir lo guapo que era, lo alto que era, lo fuerte que era...

—Y el niño es adorable... ¿No estará casado? ¡Eso sería horrible!

Corrine fulminó a su hermana con la mirada mientras el enfermero le ponía la escayola.

—Pues sí, está casado.

Brittany, que no se lo tragó, la había amenazado con ir a preguntárselo personalmente.

Aterrada de que Matt descubriese que estaban hablando sobre su estado civil, Corrine le contó la verdad:

—Vale, vale. No está casado. Robbie es su sobrino. Su madre murió hace unos meses.

Abby decidió que debían guardar un minuto de silencio, pero Brittany era imparable. Quería saber dónde vivía, cómo se habían conocido, cómo se había caído la cerca y cuánto tiempo tendría que estar con la escayola porque, según ella, era un regalo del cielo. Algo con lo que Corrine no estaba en absoluto de acuerdo.

Cuando su hermana anunció que Abby y ella debían irse porque tenían mucha prisa, se olió la tostada.

Y el deseo de Brittany de liarla con Matt solo consiguió aumentar el suyo de no «liarse» con su vecino por nada del mundo.

Aunque pudiera confiar en él.

Aunque fuera guapísimo.

Aunque tuviera un sobrino que era un ángel.

Corrine sintió un pellizco en el corazón, pero lo achacó al dolor en el dedo.

Cerrando los ojos, recordó el momento en que la metía en el camión, el fuerte torso masculino rozando sus pechos, sus labios tan cerca que podría haberlo besado...

Y recordó entonces las palabras del niño en su oído:

«Te he estado esperando. He rezado para que vinieras».

Corrine se quedó tan sorprendida que olvidó el dolor del dedo y todo lo demás.

¿Cómo podía haber estado esperándola? ¿Cómo podía haber rezado por ella? ¿Y cómo podía decirle a Robbie que, fuera quien fuera la persona que había estado esperando, no era ella?

Robbie, que la había elegido entre las tres: «Tú eres la mejor».

¿Cómo podía estar a la altura de sus sueños infantiles?

No podía aceptar su confianza y, sin embargo, la emocionaba hasta las lágrimas.

—¿Qué me está pasando? —le preguntó al techo... que no le contestó, por supuesto.

Primero, un burro medio muerto de hambre y después, un niño. Ella no podía entregarles su amor.

Aunque nadie le había pedido que le entregase su amor. ¿Quién iba a pedirle a Corrine Parsons que lo amase? Su corazón era frío como el hielo...

Sin embargo, cuando pensaba en la palabra amor, lo primero que aparecía en su mente no eran ni el burrito ni Robbie.

Pensaba en los ojos castaños de Matt Donahue. Y su corazón se volvía un incendio.

Agitada, apartó la manta y se levantó, trastabillando un poco por efecto de la medicación. Media hora después, había conseguido abrir una lata de judías.

Se las comió frías.

La soledad no sabe tan bien como una puede pensar.

Capítulo 5

Cuando sonó el teléfono, Corrine descolgó casi inmediatamente. ¿Esperaba que fuera él? Patético.

—¿Interrumpo algo? —escuchó la voz de Brittany al otro lado.

—Sí, una cena para dos —replicó ella, irónicamente.

—Qué maravilla. Cuelgo enseguida... ¿qué has hecho de cena?

—Judías para mí. Pienso para él.

—¡Corrine! ¡Creí que era Matt!

—Pues no. Es el burro.

—¿Por qué eres tan antipática? ¿Estás enfadada conmigo?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

—Le pediste que me trajera a casa —contestó Corrine.

—Es que yo creo que Matt Donahue es «él».

—Yo no creo que «él» exista, Brittany.

—Abby tampoco lo creía... ¡pero lo encontró!

—Yo no soy Abby. Y tampoco soy como tú. Para mí no habrá un final de cuento de hadas.

—¡Si yo tengo algo que ver, desde luego que lo habrá!

—¡Ni se te ocurra!

—Vale. Abby y yo vamos para allá. Al menos, te ayudaremos a desempaquetar tus cosas.

Corrine había cometido el error de contarles a sus hermanas que no tenía tiempo de sacar sus cosas... Y esa era la lección que acababa de aprender: las hermanas de una no se enfadan nunca, aunque una se ponga antipática e insoportable.

—Puedo hacerlo sola.

—Claro que sí —dijo Brittany—. Y también puedes viajar en camello y luchar contra un oso, pero eso no significa que tengas que hacerlo. Además, Abby ya tiene hechas las cortinas.

Que su hermana le hubiera hecho unas cortinas la dejaba asombrada. Nadie había hecho nunca nada por ella.

Además de las cortinas, Abby llevó una bandeja con asado de carne, patatitas y verduras.

—Judías de lata —murmuró, furiosa, al ver la prueba del delito.

Brittany llevó comida china.

—No podía soportar la idea de que comieras judías frías. Qué depresión.

Su hermana, evidentemente, no sabía lo que era una verdadera depresión.

Aún así, Corrine se dio cuenta de que una persona podía acostumbrarse rápidamente a que cuidasen de ella. Sus hermanas empezaron a moverse por la casa como abejas y las cortinas pronto estuvieron colgadas. Eran de cuadros amarillos y

blancos y le daban un aire muy alegre a la cabaña. También había un mantel a juego y una cortina para tapar la entrada del dormitorio. Ella hizo lo que pudo pero, con el brazo escayolado, básicamente era un estorbo.

Pero sus hermanas no se lo dijeron.

Ni que podía haberse esforzado más.

Ni que se quitara de en medio.

Todo lo contrario. Estaban pendientes de ella y admiraban sus escasas posesiones. Y se volvieron locas con sus dibujos. Por fin, Brittany preparó el té.

Corrine tenía la sensación de que se conocían de toda la vida, de que nunca se habían separado. Y cuando se fuera de aquella cabaña, al año siguiente, siempre guardaría el recuerdo de las tres hermanas, riendo y tomando el té.

Bueno, ellas se reían y Corrine sonreía. No estaba acostumbrada a reírse abiertamente.

—Bueno, Abby, cuéntanos cómo es el vestido de novia.

—Como sabes, Angela Pondergrove me regaló el vestido de novia y luego te regaló el tuyo. Y ahora ha enviado otro patrón desde alguna parte.

—¡Es para ti, Corrine! —gritó Brittany.

—Yo nunca me pondría un vestido de novia. Además, he decidido no casarme mientras esa sea una condición para heredar las tierras y la cabaña —replicó ella.

—¿Qué?

—No pensaba casarme de todas formas. Y menos si me fuerzan a ello.

—Pero yo no me sentí forzada —dijo Abby.

—Yo tampoco —afirmó Brittany.

—Pues yo sí me sentiría así.

—Vaya, hombre. Abby, de todas formas, ¿cómo es el vestido?

—No quiero saberlo —dijo Corrine.

—No es exactamente un vestido... Es precioso, pero es un traje de chaqueta de seda blanca, con el pantalón ancho y...

—¿Tú te pondrías un traje de chaqueta? —la interrumpió Brittany.

Corrine no contestó y su hermana, enfadada, le tiró un almohadón.

—¡Bruta!

—Qué pena que nadie sepa nada de Angela Pondergrove. Mitch dice que su padre se morirá de pena si no aparece pronto. ¡Enamorado a su edad! ¿No es divino?

—Espero que no le haya pasado nada. Pero no creo, porque si fuera así, no habría enviado el patrón. Shane sigue investigando y cree que ahora está en Minnesota, pero en cuanto sepa algo seguro, nos lo dirá.

—Seguro que yo podría sacarle algo más...

—También me ha dicho: «Dile a tu hermana que no se moleste en sonsacarme».

—Qué pesado —suspiró Brittany.

Corrine se preguntaba qué podría estar haciendo Angela Pondergrove en Minnesota. Ella era la única que había crecido allí.

Y allí, después de las casas de acogida, había tenido un incidente con la ley. Nada importante, pero la había convencido de que ese no era su camino.

¿Qué pensarían sus hermanas si lo supieran?

¿Y qué pensaría su vecino?

Cuando Brittany miró su reloj y dijo que tenía que irse, Corrine lo lamentó. No quería quedarse a solas con sus pensamientos. Abby se quedó un ratito más, pero por fin se puso la chaqueta.

—Me da rabia tener que irme. Me encanta estar contigo, cielo.

A Corrine le dio un vuelco el corazón. Nunca le habían dicho eso. Pero tenía que disimular. Una mujer madura no se pone tonta cuando alguien le dice algo cariñoso.

—Gracias.

—¿Sabes una cosa? —rio Abby, dándole un abrazo—. Voy a quererte hasta que te quieras a ti misma.

Por la mañana, Corrine encontró un café caliente y una caja de rosquillas en el porche. En la caja, el nombre de la pastelería de su hermana Brittany.

Y le pareció que, aquel día, el sol brillaba más.

Al día siguiente, allí estaban el café y las rosquillas de nuevo.

Y el día después.

Por la noche, Corrine llamó a su hermana y le pidió que dejara de gastar gasolina.

—¿Vienes hasta aquí y ni siquiera me dices hola?

—No sé de qué estás hablando —dijo Brittany, sorprendida—. ¿Café, rosquillas? A lo mejor es Abby. Me encantaría hacerlo, cielo, pero estoy liadísima por las mañanas...

Pero cuando Corrine llamó a su otra hermana, descubrió que tampoco ella era la misteriosa mensajera.

Y entonces supo quién era. Matt Donahue.

—A mí no me pasan esas cosas —dijo para sí misma.

—¿Puedo pedirte que hagas un experimento? ¿Por mí? —le preguntó Abby.

La verdad era que si alguna de sus hermanas le pedía que se tirase por un puente, lo haría.

—¿Qué experimento?

—Solo por un día, quiero que creas que puede pasarte algo bonito.

—Qué bobada —murmuró Corrine.

—Es posible, pero hazlo por mí. ¿Vale? Solo por un día.

—Vale. Solo por ti. ¿Qué día?

—Mañana, por ejemplo.

Después de hablar con su hermana, la cabaña le pareció un poco vacía, aunque los muebles estaban colocados y las cortinas puestas.

Como pudo, haciendo malabarismos con la escayola, se puso un jersey y salió de

la casa para acercarse al establo.

Matt Donahue le había dejado café y rosquillas en la puerta. Había ido al pueblo cada día... por ella.

El burrito levantó la cabeza y la miró con ojos ansiosos. Corrine se daba cuenta de que su afecto por ella tenía mucho que ver con que le estaba dando comida, pero no le importó.

—Hola.

No hubo réplica.

No era como hablar con sus hermanas, pero por otro lado, podía contarle cualquier cosa. Hablar con Brittany era mucho peor.

—Yo nunca podría ponerme uno de esos vestidos de novia con cola y todo lo demás.

Después de decirlo, soltó una risita nerviosa. No sabía por qué. Quizá porque intuía que, a pesar de todo, anhelaba lo mismo que sus hermanas. En un sitio escondido de su corazón, tenía los mismos sueños que cualquiera. Pero nadie debía saberlo.

—Especialmente, Brittany. Se volvería loca. Y pondría un anuncio en el periódico para encontrarme marido.

El burro dejó de comer y la miró, complaciente.

—¿Quién necesita un marido? Ya tengo un burro —rio Corrine—. Es que, por mis circunstancias, me dan miedo muchas cosas, ¿sabes? Las relaciones, el compromiso. Los hombres...

El burro emitió un suave rebuzno.

—Tú no, hombre. Como no crecí en el seno de una familia, me da miedo no saber cómo portarme. Solo sé cuidar de mí misma, no sé cuidar de nadie.

Se le ocurrió entonces que el burrito podría enseñarla. Estaba aprendiendo a cuidar de algo. ¿Quién hubiera dicho que lo que ella necesitaba aprender era, precisamente, a cuidar de los demás?

—Pero si alguna vez me caso, lo haría con un traje de chaqueta de seda. ¿Qué te parece?

El burrito asintió con la cabeza.

—¿Sabes una cosa? Cuando te quite las mataduras y te dé un buen cepillado estarás muy guapo.

Corrine alargó la mano para tocarlo y el animal levantó la cabeza. Con cuidado, lo acarició y el animal suspiró de contento.

Pero, de repente, apartó la mano. ¿Qué estaba haciendo? Hablando con un burro... era patético.

Después de echarle comida y agua, salió del establo. Sin darle las buenas noches.

Pero lo hizo él. Le dio las buenas noches con un suave rebuzno.

Una vez de vuelta en la cabaña, Corrine contempló los extraños acontecimientos de su vida: sus hermanas, el misterioso burro.

El niño huérfano.

Y Matt Donahue.

Y el experimento de Abby.

«Solo por un día, quiero que creas que puede pasarte algo bonito».

Mientras se ponía el pijama, se sintió rara. Se sintió... feliz. Sería mejor no pensar en ello para que el sentimiento no se disipase.

Pero se sentía feliz.

Se despertó por la mañana al escuchar unos martillazos. Abrió un ojo y después volvió a cerrarlo. ¿Qué debía hacer? ¿Ir a visitarlo? ¿Darle las gracias? Quería hacer las dos cosas.

Pero como no quería que Matt lo supiera, se tapó la cabeza con la manta.

Aquel era el día en el que podrían pasarle cosas buenas, se recordó a sí misma.

Entonces notó que no estaba sola en la habitación y miró por debajo de la manta.

Era Robbie.

—Buenos días. Mi tía me ha dicho que no te despierte. Solo he venido a ver al burro.

—¿Hay un burro en mi habitación?

Robbie soltó una carcajada y se lanzó sobre la cama.

—Mi tía te ha traído café y rosquillas. ¿Lo quieres?

Corrine tuvo que cerrar los ojos porque se le encogió el corazón. Le importaba. A Matt Donahue le importaba.

De repente, todo el mundo estaba pendiente de ella. Quizá su suerte había cambiado.

Quizá podían pasarle cosas buenas.

Quizá había tenido toda la mala suerte que se podía tener en la vida y, a partir de entonces, las cosas iban a salir bien.

—¿Te lo traigo? —insistió Robbie.

—No. Ve a darle los buenos días al burrito, yo me levantaré enseguida. Nos veremos en el establo.

—Le he dado un mordisco a una rosquilla —le confesó Robbie entonces—. Solo para probarla. Pero no se lo digas a mi tía.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Cuando la cortina del dormitorio se cerró tras su diminuto visitante, Corrine se levantó y miró en el armario.

¿Qué podía ponerse? No tenía nada.

Podía ponerse el traje de chaqueta. Pero era rojo. ¿Cómo iba a ponerse un traje de chaqueta rojo para ir a un establo?

Decidió entonces ponerse los vaqueros nuevos y una camisa azul recién comprada. Y estuvo un buen rato en el baño, intentando arreglarse el pelo que, al final, se dejó suelto.

Parecía más joven, pensó. Y alegre.

Esa era la diferencia aquella mañana. El brillo de sus ojos. La esperanza. El plan de Abby parecía dar resultado.

Cuando salió de la cabaña, la luz del sol la cegó un momento. El café seguía caliente y había una caja de rosquillas con chocolate. Una de ellas estaba mordida.

Rosquillas de chocolate para desayunar.

Sonriendo, Corrine decidió que podía ser la clase de chica que desayuna rosquillas en lugar de cereales con fibra.

Cuando entró en el establo, vio a Robbie alargando los bracitos para acariciar al burro. El animal inclinaba la cabeza para dejarlo hacer.

En ese momento, el niño se volvió hacia ella.

—Le cuento mis secretos.

—Yo también —sonrió Corrine.

—Yo no sabía que los mayores tenían secretos.

—Uy, muchos.

—Vamos a buscar a mi tía.

—Vale.

Matt se había quitado la camisa para trabajar. Era un hombre muy hermoso, con los abdominales marcados, la piel bronceada, los vaqueros ajustados a su precioso trasero... Corrine no entendía cómo no se había fijado antes en aquel trasero de cine.

De repente, sintió miedo. Un miedo que la hacía desear salir corriendo. Matt se volvió entonces.

«Corre», se dijo a sí misma. «Corre y no mires atrás».

Pero algo le decía que se quedase. «Date una oportunidad. No pienses, no analices, no recuerdes el pasado».

Corrine dio un paso adelante y después, otro. Robbie salió corriendo hacia su tío, que lo levantó en brazos.

—Hola —la saludó Matt—. Se me ha ocurrido un nombre para tu burro.

—¿Cuál?

—*Platero*.

Corrine soltó una carcajada. No sabía de dónde había salido. Era un sonido alegre como el sol.

—Gracias por traerme café y rosquillas estos días;

Él apartó la mirada. ¿Se había vuelto tímido de repente?

—De nada.

—¿Puedo hacer algo?

—No creo. Bueno, puedes sujetar los clavos.

Corrine levantó los ojos al cielo. Y sujetó los clavos. Y vio a Robbie cazar mariposas y correr por la hierba que era casi más alta que él.

Y observó a Matt golpeando los clavos con fuerza, moviéndose con confianza, con una gracia masculina que la sorprendía. Su piel empezó a brillar, cubierta de sudor. Podía olerlo.

Olía a tierra, a sol, a jabón, a sudor. A hombre.

¿Cómo podía haber llegado a los veintisiete años sin saber lo hermoso que era eso? ¿Cómo no sabía que el olor de un hombre puede volver loca a una mujer? La forma de sus brazos, los músculos que se tensaban con cada movimiento, su ancha espalda, la curva de su cuello... todas esas cosas la mareaban.

Y la hacían creer en el futuro.

—¡Tula, te toca! —gritó Robbie, tocándole la pierna.

Matt sonrió y esa sonrisa hizo que todo estuviera bien. El juego, la risa, dejarse ir...

Ella lo tocó en el hombro.

Su piel era más suave de lo que había imaginado. Y le hubiera gustado seguir tocándolo.

—Tula. ¡Te toca!

Y entonces salió corriendo, muerta de la risa. Matt se quitó el cinturón de las herramientas y salió corriendo tras ella.

—Tu tío la liga.

—¡Pero él es muy rápido!

Corrine miró por encima de su hombro. La artista que había en ella admiró al hombre que corría por entre la hierba, las piernas poderosas, los brazos acompasados, la sonrisa en el rostro...

Matt tocó el brazo de su sobrino.

—¡Tula! Nuevas reglas: cualquiera que mida más de un metro cincuenta, solo puede correr con una pierna.

—Pero si yo estoy incapacitada —protestó Corrine.

Matt empezó a saltar sobre una pierna, encantado de la vida, y Robbie le dio a ella en el brazo.

—A mí ya no puedes darme porque te he dado yo. Tienes que darle a mi tía.

—¿Los Donahue os inventáis las reglas del juego como os da la gana? —preguntó Corrine, corriendo detrás de Matt.

Él redujo la velocidad para tomarla el pelo. Y cuando estaba llegando a su lado, empezó a saltar como un canguro, cambiando de dirección como si no le costase esfuerzo alguno.

Pero, de repente, se paró. Y Corrine se tropezó con él.

—Me has pillado. ¿Qué vas a hacer conmigo?

Era una invitación. De repente, Matt había dejado de sonreír y miraba sus labios con expresión hambrienta.

Solo por un día, Corrine iba a creer que podía pasarle algo bonito.

Y, por eso, hizo algo que nunca antes había hecho.

Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

Al ver la expresión del hombre, salió corriendo. Pero Matt la tomó por la cintura.

—No puedes darme porque te he dado yo —le informó ella.

—No tengo intención de hacerlo.

Y entonces, sin previo aviso, le dio un beso en los labios. Un beso pequeño, cortito, pero lleno de ternura.

—¡Oye! Si apenas nos conocemos.

—Lo sé. Pero eso puede cambiar.

—¡Un momento! —escucharon entonces la voz de Robbie—. ¡Estáis jugando solos!

—No sé si deberíamos jugar —murmuró Corrine.

—Yo tampoco —sonrió Matt.

—Creo que debería irme a casa.

—Y yo creo que deberías comer con nosotros.

—¿Vamos a Walts? —preguntó Robbie, sin entender lo que estaba pasando.

Ella sabía que debía rechazar la invitación. Sabía que era un riesgo.

—¿Tienen hamburguesas?

—Y patatas fritas —contestó el niño.

—Entonces, vamos a Walts —dijo Corrine, tan feliz y tan asustada al mismo tiempo que casi tenía ganas de llorar.

Lo había estropeado, pensaba Matt. Mira que besarla... Había cedido a la tentación que llevaba sintiendo desde la primera vez que la vio.

Porque aquel día había algo diferente en ella. Con el pelo suelto, parecía más joven, más alegre.

Y cuando soltó una carcajada al oír el nombre del burro, se dio cuenta de que las diferencias eran muy profundas.

¿Se habría ganado su confianza al llevarle el desayuno? Era un detalle tan insignificante... Pero, aparentemente, en su vida no había habido muchos detalles.

Mientras la miraba, intentaba descubrir dónde estaba la diferencia. En sus ojos, pensó. Ya no parecía asustada, impenetrable. ¿Sería la medicación que le habían dado para el dedo?

No. No era eso. Sus ojos eran claros, su risa franca.

¿Se había hecho algo en los labios que le resultaba irresistible? Pero no llevaba carmín, ni brillo siquiera.

Sabía que lo estaba mirando y sabía que le gustaba mirarlo. Era una ventaja que lo mirase Corrine, porque si él la miraba tanto como hubiera querido, tendrían que escayolarlos a los dos.

Cuando lo tocó en el hombro, Matt supo a qué estaban jugando. Y no era el tula.

Estaban jugando con fuego.

El fuego que ardía entre un hombre y una mujer. Observándola aquella mañana, tan ágil, tan esbelta, tan alegre, había empezado a respirar con más dificultad que la producida por una corta carrera.

Pero era la luz que veía en sus ojos lo que hacía que se le hinchara el corazón. Como si nunca hubiera jugado al tula, como si nunca hubiera jugado a nada.

Esa era la diferencia. Tenía luz por dentro.

—No tenemos que comer fuera. Yo puedo hacer la comida.

—No —protestó Robbie—. Quiero ir a Walts. Tú comes judías. He visto el bote en la mesa.

Corrine se puso tan colorada como si hubiera descubierto que fumaba hierbas prohibidas.

—No siempre —dijo, a la defensiva.

—Yo creo que sería mejor ir a Walts —rio el niño.

—Vale. Me gustan las hamburguesas.

—¡Y a mí!

En el camión, se sentó al lado de Matt. Sus hombros, rozándose.

—Nunca había jugado al tula.

—¿Nunca? —preguntó él.

Sabía que Corrine deseaba decirle por qué, pero no quería preguntar. Tenía que contárselo ella misma.

—No. Nunca.

Pero no dijo nada más y Matt pensó que no podría soportar ver que la luz desaparecía de sus ojos.

—¿Vamos a votar el nombre del burro?

—Necesitamos unos cuantos nombres para votar.

De modo que Robbie y él la entretuvieron durante todo el camino sugiriendo nombres imposibles. Pero Corrine no ofreció ninguno.

Y Matt se dio cuenta de que, para ella, ponerle nombre a algo era como hacerlo suyo. Como echar raíces.

Por impulso, tomó su mano y la apretó. Corrine lo miró, sorprendida.

La comida fue estupenda. Su vecina comía como un chico... dos hamburguesas, patatas, batidos y pastel de manzana. Y se reía mucho.

Matt no quería separarse de ella, pero tenía que atender su rancho. Cuando le pidió que fuera con ellos, descubrió que se había adelantado.

Quizá para ella ir de visita a su casa era también como echar raíces, algo que no sabía hacer.

Al día siguiente, terminó la cerca. Corrine no salió de la casa, pero la vio mirándolo por la ventana cuando creía que no se daba cuenta.

Después de clavar el último poste, dejó la caja de herramientas en el camión y llamó a su puerta.

Cuando abrió, la luz de sus ojos había desaparecido... pero no del todo. Un empujoncito y aparecería de nuevo. ¿Era eso lo que quería?

—He pensado que querrías dejar salir a tu burro.

Corrine quería negarse, quería aparentar que le daba igual. Y quizá que Matt

Donahue le daba igual.

Pero al final, no pudo esconder cómo deseaba dejar salir al animal. Y algo en sus ojos le dijo que él le importaba más de lo que habría querido reconocer.

Y a Matt le pasaba lo mismo.

Unos minutos después, con gran ceremonia y con Robbie lanzando gritos de alegría, Corrine abrió la puerta del establo.

El burro salió rebuznando alegremente.

—Mira qué contento está —dijo Robbie.

El animal levantó la cabeza y salió corriendo.

—Es precioso —murmuró ella.

Matt no creía haber visto un animal tan feo en su vida. Y no le gustaba nada su comportamiento. Era como si fuera directo a la cerca. Normalmente, un animal que acaba de ser puesto en libertad se toma su tiempo para descubrir dónde está.

Pero aquel burro corría como si tuviera que llegar a la meta.

Y, por supuesto, no se detuvo cuando llegó a la cerca. Levantó las patas y la pasó de un salto, como si fuera un caballo de competición.

—¡Debería ir a las olimpiadas! —exclamó Robbie.

—¡Mi burro! —gritó Corrine.

—¡Mis yeguas! —exclamó Matt.

De nuevo, el mundo se ponía patas arriba. Y todo por culpa de Corrine Parsons. ¿Qué debía hacer, rendirse o luchar? Si la miraba a los ojos, rendirse. Si miraba al burro de competición, luchar.

Y con aquel pensamiento en mente, salió corriendo hacia su camión.

Capítulo 6

Robbie estaba dormido en el sofá. Corrine lo había arropado con una manta, sonriendo al ver que tenía un dedo en la boca, algo que habría mortificado al enano si se supiera descubierto.

Eso le recordaba lo pequeño que era, lo vulnerable. Y lo frágil que era su confianza en ella. Una confianza que había depositado desde el día que puso la cabeza sobre su hombro.

«Te he estado esperando. He rezado para que vinieras».

No podía creer que nadie rezara para que ella llegase a ninguna parte, pero desde que conoció a Matt Donahue y su sobrino, se sentía diferente, como si estuviera cambiando de una forma fundamental, quizá convirtiéndose en el tipo de persona que alguien querría en su vida.

Pero, si ella no sabía quién era, ¿cómo podía saberlo un niño de cinco años?

¿Y por qué pensaba que podía ver quién era en realidad si se miraba en los enigmáticos ojos de Matt?

No lo había visto desde que salió en busca de su aventurero burro. Eran más de las diez y suponía que debía seguir perdido.

El teléfono sonó en ese momento y Corrine contestó inmediatamente. Pero era Abby. La enfurecía sentir desilusión. Solo unas horas antes, hablar con cualquiera de sus hermanas la llenaba de alegría.

Y la alegría seguía allí, pero era diferente. La verdad, hubiera deseado que fuera Matt. Quería que fuera él.

—¿Qué tal el experimento?

—Lo he hecho —contestó Corrine.

—¿Y?

—Ha sido un día muy agradable.

Mucho más que eso. Jugar al tula, apretarse en la cabina del camión, comer unas hamburguesas deliciosas, hablar sobre las bondades de los pepinillos...

Había sido tan bonito que le daba miedo. Debería haberse apartado porque tenía la sensación de que Matt esperaba de ella algo más de lo que podía ofrecer.

Pero sus esfuerzos por controlar las cosas se habían ido por la ventana. Y la prueba era Robbie, dormido en el sofá.

Le parecía tan normal, sin embargo. Tan natural. Como si no fuera su vida, como si fuera otra.

Recordó entonces el beso de Matt. Un beso suave, fresco, sin peligro... a menos que contasen las emociones que escapaban a su control por primera vez.

—¿Y? —insistió Abby—. ¿Quieres intentarlo otra vez?

—Me parece que ya no tengo suerte. Mi burro se ha saltado la cerca y Matt lo está buscando como loco. Si se acerca a sus yeguas, estoy metida en un buen lío.

—Corrine, a veces las cosas que parecen malas se convierten en buenas.

Su hermana Abby era una eterna optimista. La casa en la que creció, aunque no fuera la suya, había sido un hogar para ella. Y en su boda, Corrine comprobó que su madre adoptiva la adoraba.

—Es un poco tarde para convertirme en Pollyanna.

—Yo no lo creo.

Abby no sabía nada de su vida. Ella no había tenido que vivir de casa en casa, con padres de acogida para los que solo era un estorbo. Pero no se lo dijo. Y eso ya era un cambio.

—Prométeme que lo intentarás otro día. Solo un día más.

—De acuerdo. Pero solo un día más —aceptó Corrine.

—Dilo.

—Durante otro día, pensaré que pueden pasarme cosas bonitas.

—Buena chica. Te quiero.

«Te quiero».

Dos palabras. Ocho letras.

Y, sin embargo, eran palabras que podían cambiar el mundo. Su mundo. Un mundo en el que esas palabras no existían.

Pero al menos conocía su valor, sabía que no podía jugarse con ellas. La gente las pronunciaba todo el tiempo, como si no supieran que eran sagradas.

Cuando colgó, se dejó caer en el sofá con el corazón en un puño y, por fin, se quedó dormida.

La despertó el ruido del camión y se levantó, confusa y desorientada. Nerviosa, se peinó un poco y se estiró la camisa.

Matt llamó a la puerta entonces y aunque ella hubiera querido meterse en el cuarto de baño para lavarse los dientes, hacer gárgaras y maquillarse de arriba abajo, abrió inmediatamente.

Estaba medio dormida. Lo supo porque Matt le parecía un sueño, recortado contra la negra noche.

Si estaba molesto por haberse pasado toda la noche buscando al burro, no se le notaba.

Llevaba una cazadora vaquera con el cuello levantado para protegerse del viento y el sombrero texano.

—Te he despertado —dijo en voz baja. Entonces alargó la mano enguantada como para acariciar su rostro, pero no lo hizo—. Lo siento. No quería que pensaras que me había olvidado de Robbie.

—Ya sé que no lo habías olvidado. ¿Por qué dices eso?

—Está claro que tú no conoces a la señora Beatle —sonrió él.

Y entonces Corrine descubrió que tenía un hoyito en la mejilla... Lo que le faltaba.

Estaba agotado, muerto de sueño seguramente, pero seguía siendo el hombre más sexy que había visto en toda su vida.

Olía a caballos, a cuero, al viento y al misterio de ser un hombre.

—Te habría llamado, pero no tenía un teléfono cerca.

Corrine, que estaba comiéndoselo con los ojos, se echó hacia atrás para invitarlo a entrar.

—¿Y el burro? —preguntó.

Entonces se dio cuenta de que tenía tierra en la cara y que la manga de la cazadora estaba descosida.

—Me arrastró como unos doce estados y después me lanzó contra un árbol.

—Matt, lo siento.

Él se encogió de hombros.

—Voy a comer algo y después, seguiré buscando. Si no te importa, ¿podrías quedarte con Robbie esta noche? Como no encuentro al burro, tengo que encerrar a mis yeguas.

—¿Esta noche? ¿A oscuras? Pero si está a punto de estallar una tormenta —murmuró Corrine, mirando el reloj. Eran más de las doce.

—Algunas están en celo. Tengo que llevarlas al establo.

Lo había dicho tan tranquilo, como si fuera lo más normal del mundo.

Y ella supo que así era aquel hombre. Alguien que hacía su trabajo sin quejarse, fuera de noche o de día, con sol o con lluvia. Era un hombre de campo que nunca se rendía, que nunca daba un paso atrás.

Ese tipo de hombre en el que se puede confiar.

—Ya veo.

—Dicen que hay que tener cuidado cuando le pones nombre a un animal —sonrió Matt entonces.

—¿En qué sentido?

—Por ejemplo, no se debe llamar a un caballo «Bronco» porque seguramente querrá hacer honor a ese nombre.

—Pero mi burro no tiene nombre.

—Menos mal que no le hemos puesto *Don Quijote*.

Ella lo miró, sin entender. Y entonces descubrió el error.

—Quieres decir *Don Juan* —dijo con una risita. Una risita como la de una cría de quince años que acaba de comprarse su primer sujetador.

—Ah, es verdad —rio Matt.

Corrine no estaba acostumbrada a los hombres como él. La clase de hombre con suficiente autoestima como para reconocer los errores sin pestañear.

—Siéntate, a ver si puedo hacerte algo de comida.

Era algo que Corrine Parsons no decía nunca. No sonaba como ella.

Pero Corrine Parsons nunca había creído que podían pasarle cosas buenas.

—Pero no me des judías. Las odio —sonrió Matt.

Una sonrisa que aceleraba su corazón y que la hacía desear tomar un par de pompones y ponerse a dar saltos.

Los hoyitos en la mejilla deberían ser ilegales. Al menos, en hombres tan guapos como él.

Matt se quitó la cazadora y el sombrero y, después de mirar alrededor, los colgó en el clavo de la puerta. Era como si volviera a casa después de un duro día de trabajo... y el corazón de Corrine volvió a alborotarse.

—Puedo hacerte un sándwich de queso a la plancha y un plato de sopa.

—Perfecto —sonrió él, mirando al bello durmiente. O sea, su sobrino—. ¿Te importa si me lavo un poco?

—No, claro.

Un segundo después, escuchaba el grifo del lavabo. Y a él cantando y chapoteando.

Sonidos de hombre. Sonidos muy agradables.

¿Cómo podía el sonido de un hombre lavándose alterarla de esa forma? Con su soledad, con su status de mujer sola se estaba volviendo patética. Esa era la explicación.

Aun así, si cerraba los ojos, podía verlo. Seguro que se había quitado la camisa...

Cuando Matt salió del cuarto de baño, parecía haber metido toda la cabeza debajo del grifo. Estaba mojado como un pato.

Corrine miró sus ojos y después el vello oscuro que asomaba por el cuello de la camisa. Le hubiera gustado pasar la mano por aquel vello, por los duros pectorales... Aquel pensamiento hizo que se pusiera colorada.

Él la observaba con una sonrisa en los labios. No parecía avergonzado en absoluto. Obviamente, estaba acostumbrado a que lo admirasen.

Pero a Corrine la simple tarea de abrir una lata le resultaba imposible con los ojos del hombre clavados en ella. Era como si estuviera hecha de gelatina. Sentía un anhelo desconocido de abrazarlo, de tocarlo, de volver a sentir el roce de sus labios.

Pero había algo más. Algo más profundo. Experimentaba un deseo secreto de que aquella fuera su vida. Normal, corriente. Con un hombre que volviera a casa todas las noches, que colgase la chaqueta en la percha, que metiera la cabeza debajo del grifo y la mirase con una sonrisa en los labios.

Y si, además, había algo de las dos palabras sagradas en sus ojos, era todo lo que pedía.

Se sentía como una niña escribiendo su carta a los Reyes Magos: «Por favor, por favor, si me traéis eso, no pediré nunca nada más».

Pero eso era precisamente lo que debía recordar. Los Reyes Magos nunca le habían regalado lo que pedía. Era la chica con menos posibilidades de hacer realidad un sueño.

Aunque Abby no quisiera creerlo.

—¿En qué piensas?

—En los Reyes Magos —contestó ella, sin pensar, dándole la vuelta al pan.

Se había quemado un poco. Por culpa del olor de Matt, no se percató de que el

sándwich se estaba carbonizando.

—¿De verdad? ¿No es un poco pronto para pensar en los Reyes Magos?

—Eso depende de lo que uno pida —contestó Corrine, echando el sándwich de queso en un plato y poniendo la sopa al fuego.

—¿Y tú qué has pedido?

—Que vuelva mi burro, por supuesto.

Debería hacerle otro sándwich, pero no podía. Si volvía a acercarse a la cocina, quemaría toda la casa. Nerviosa, se dejó caer en una silla frente a él, colocando unas flores, aparentando que no le interesaba nada su presencia.

—Para Navidad, quiero que vuelva *Platero* —canturreó Matt, mientras se comía el sándwich, tan tranquilo—. ¿Te gusta la Navidad?

Corrine deseó no haber mencionado a los Reyes Magos. Porque ese era su secreto. Quería fiestas y árboles de Navidad... y vestidos de novia. Todo lo que querría cualquier chica.

Y un nombre que la amase.

Todo eso se había hecho realidad para sus hermanas. Y ambas decían que en Miracle Harbor ocurrían milagros.

Pero ella no lo creía. Tenía un miedo horrible de creerlo.

Pero quizá no estaba mal creer en milagros. Por un día.

Matt se había quedado embobado cuando Corrine abrió la puerta, despeinada y con los ojitos llenos de sueño.

No era ningún experto, pero estaba seguro de que no muchas mujeres se despiertan en medio de la noche con una cara tan bonita.

Debería estar furioso con aquel burro que lo había hecho correr por todas partes en mitad de la noche, con un viento que se le metía hasta los huesos.

Pero entrar en aquella casa calentita era mejor que tomar una copa de coñac. El calor empezaba en su vientre y se movía lenta, lánguidamente por todo su cuerpo.

¿Era el calor de la casa, las toallas amarillas que olían a gloria, las cortinas de cuadros?

Cosas de mujer, cosas que un hombre no sabe que se está perdiendo hasta que se encuentra con ellas, hasta que se le ofrecen como un santuario en una noche fría.

O quizá había sido el brillo de sus ojos cuando salió del cuarto de baño. Que una chica tan guapa como ella se pusiera colorada debería ser ilegal.

Desde luego, no era el carbonizado sándwich de queso lo que lo hacía sentir calentito por dentro; calentito como cuando un hombre vuelve a casa y encuentra el fuego encendido en la chimenea y a su mujer, mirándolo con unos ojos que prometen otra clase de fuego.

No, un sándwich quemado no le daba eso. Aunque le producía ternura. Corrine lo había hecho para él, con un solo brazo.

Para él. Hacía mucho tiempo que nadie le hacía nada.

Le parecía que Corrine y él habían cubierto mucho terreno en un par de días. Las dos personas menos dispuestas a hacerlo, además.

Los dos con demasiada carga, con demasiada pena.

Pero allí estaba. Ese calorcito, que tampoco tenía nada que ver con la sopa.

Si se quedaba, iba a tener que besarla.

Estaba cansado, débil, hambriento... en todos los sentidos. Corrine no sabía cómo alimentar a un hombre. Matt podría haberse comido una docena de sándwiches de queso. Y necesitaba un café bien cargado, sin azúcar. Por alguna razón, que ella no supiera darle de comer a un hombre, le gustó.

Y no le gustó al mismo tiempo.

Significaba que besarla podría convertirse en algo muy serio.

Por un momento, contempló la posibilidad de tirar del brazo sano y colocarla sobre sus rodillas para robarle un beso.

Pero no podía hacerlo. Nervioso, se levantó con tanta fuerza que casi tiró la mesa. Se decía a sí mismo que era porque tenía que buscar al burro errante, pero no era cierto.

El jarroncito donde estaban las flores cayó al suelo y se partió por la mitad, dejando un enorme charco de agua.

Matt masculló una maldición y se disculpó inmediatamente. Los dos estaban de rodillas en el suelo, rescatando las flores, rozándose...

Él se echó hacia atrás y Corrine hizo lo mismo.

Se quedó mirándola. El pelo alborotado, los ojos que, en aquel momento, parecían azul oscuro, las mejillas rojas, mordiéndose los labios como para que él no los viera temblar.

De deseo.

Por él.

Iba a ocurrir. Eso que había querido evitar levantándose de la mesa como un patán.

Era una de esas cosas: el destino.

¿No lo había sabido desde el primer momento? ¿No había sabido que era el destino lo que la había llevado allí? ¿Que fue el destino lo que hizo que se rompiera el dedo?

¿No había sabido desde que rozó sus labios que eso no sería suficiente? ¿Que estaría atormentándose hasta que volviera a besarla?

Corrine estaba inclinada hacia él, sus pechos marcándose bajo la camisa, los ojos llenos de deseo.

Por él.

Matt se inclinó...

—¿Qué se ha roto?

Los dos se separaron inmediatamente.

—He sido yo, Robbie —contestó Matt.

Corrine miraba a todas partes, menos a él. Miraba a su sobrino, se miraba las manos y, por fin, miró las flores en el suelo.

—¿Has encontrado a mi burro? —preguntó el niño.

«Mi burro». Eso debería haber sido suficiente como para apagar el fuego que tenía dentro. Pero no lo era.

—Aún no. No vengas aquí, hay cristales.

«Duérmete, enano». «¿No te das cuenta de que has interrumpido algo importante?»

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? Me gusta estar aquí.

A Robbie también. Esos pequeños toques: las toallas, las flores. Marianne era muy buena con esas cosas y seguramente el niño las echaba de menos. Mucho más que su tío, que no las había tenido nunca.

O desde que se fue de casa.

Una vez, había estado prometido con una chica de la buena sociedad de Portland. Una chica sofisticada, a la que gustaban mucho las flores. Sobre todo las rosas blancas, que tenía colocadas en preciosos jarrones de cristal tallado. Y las toallas blancas de algodón. Matt solía secarse las manos en los vaqueros, por miedo a ensuciarlas.

Su prometida lo había dejado cuando Marianne se puso enferma y fue aparente para todos que no iba a ser una de esas muertes rápidas, como la de *Love Story*.

No entendía cómo había podido creer que esa chica podría vivir en un rancho. Parecía tener clase, pero no tenía ninguna.

Ni clase, ni lealtad, ni espíritu. Todo lo que Corrine sí tenía. Aunque ella no lo supiera.

Y a él le gustaban mucho más las flores silvestres y las toallas amarillas que olían a jabón.

—Yo limpiaré esto. Márchate —dijo Corrine entonces.

—Vale. Gracias por la cena —sonrió él—. Vendré a buscarte mañana por la mañana, enano.

—¿Podrías traerme rosquillas?

—Yo puedo hacer el desayuno —se ofreció ella.

Matt sabía que las rosquillas no eran un buen desayuno. Pero lo aterrorizaba pensar lo que aquella chica podría hacer con un inocente huevo.

—Yo me encargo del desayuno —dijo, arrojando a Robbie con la manta.

Aquel niño podría hacer que cualquiera creyera en los milagros. Pero él no quería pensar en milagros estando tan cerca de Corrine Parsons.

Mientras se ponía la cazadora vaquera, intentaba no mirarla, pero era imposible. Sus labios estaban impresos en su cerebro. Los veía sin mirar.

Pero no podía saborearlos.

Luchando contra sí mismo para no abrazarla, se puso el sombrero y abrió la

puerta. El helado viento le pareció una brisa veraniega. Tan ardiendo estaba.

Condujo hasta su casa, ensilló un caballo y salió en medio de la noche para reunir a las yeguas. Habría dormido mejor si sus cercas fueran más altas, pero tenía el oído acostumbrado al mínimo ruido porque muchas veces los animales se ponían de parto.

Cuando consiguió reunir a todas, volvió al establo. El viento había abierto el postigo superior de la puerta y mientras ataba a su caballo, notó que *Cuppie Doll* se movía suavemente.

Aguzó el oído, pero no escuchó nada. Encogiéndose de hombros, desató la silla y cuando iba a colocarla sobre el banco, volvió a notar algo raro. Pero no podía ser *Cuppie Doll* quien emitiera aquellos bufidos. No, a menos que estuviera muriéndose.

Matt soltó la silla y salió corriendo. Y cuando llegó al otro lado del establo se quedó de piedra. Allí estaba *Cuppie Doll* comiendo paja tranquilamente... y pegado a ella, un animal de orejas grises.

El burro levantó la cabeza para mirarlo. No podía ser. Para meterse allí debía haber saltado el postigo inferior de la puerta... que debía medir un metro y medio de alto.

Aunque Matt se decía a sí mismo que era imposible, allí estaba. Encima de su yegua.

Y *Cuppie Doll* parecía encantada.

Una hora más tarde, había conseguido separarlos. No le resultó fácil, porque ni la yegua ni el maldito asno querían cooperar.

El burro acabó encerrado en un compartimento con puerta de hierro que era como una cárcel. Y Matt esperaba que sirviera como tal.

Cuando por fin pudo meterse en la cama, tuvo que escuchar rebuznos y relinchos desesperados. Los animales no parecían creer que un mero ser humano pudiera ser capaz de destrozar un momento tan hermoso.

Matt no quería ni pensar en Corrine Parsons en ese momento.

Porque lo que sentían el uno por el otro empezaba a parecerse a lo que sentían aquellos dos en el establo.

Quizá un hombre se engaña a sí mismo cuando cree poder controlar las fuerzas de la naturaleza. Sería como intentar que las olas no rompiesen contra las rocas.

Pensamientos de un hombre agotado, se dijo. Por supuesto que podía controlar lo que ocurría entre su vecina y él.

Por supuesto. Al cien por cien.

El burro seguía rebuznando. Y en aquel rebuzno había deseo, anhelo, lujuria y pasión. Igual que en los relinchos de la yegua.

—Matt Donahue, estás perdiendo la cabeza —murmuró para sí mismo, tapándose la cara con la almohada.

Pero no podía dormir. Como no podía controlar lo que sentía por Corrine Parsons.

Capítulo 7

Corrine se despertó experimentando una sensación de alegría casi inhumana. Era como si la luz del sol que entraba por las ventanas se le hubiera colado dentro, en el alma. Cuando miró el despertador, vio que solo eran las seis y media.

Y no tenía ganas de volver a dormirse. Todo lo contrario. Sentía el deseo de darle la bienvenida al nuevo día.

Se levantó de la cama y fue de puntillas hasta el sofá, donde Robbie roncaba suavemente. La manta estaba en el suelo y lo arropó de nuevo, sonriendo.

Y después, salió de la cabaña.

Las maderas del porche estaban frías bajo sus pies descalzos. El canto de los pájaros era una melodía y el sol iluminaba el paisaje como si fuera un cuadro.

Corrine respiró profundamente, abrazándose a sí misma.

—Hoy creo que solo pueden pasar cosas buenas. ¿A quién? ¡A mí!

Cuando no pudo soportar el frío suelo, entró en la cabaña para ponerse unas zapatillas de deporte y volvió a salir al porche. Y respiró.

El aire olía a sal, a limpio, a campo.

Cuando escuchó el ruido del camión, estuvo a punto de meterse corriendo en casa para arreglarse, pero decidió no hacerlo. Ella era quien era. Pero su corazón daba saltos dentro de su pecho como un pájaro.

La otra Corrine habría pensado que solo llevaba un camisón. Un camisón sin ninguna gracia, por cierto, diseñado por alguien que debía temer gravemente a los pecados de la carne.

¿Por qué lo había comprado?

¿La verdad? Para estar calentita. Nunca se le había ocurrido pensar que alguien iba a verla con él puesto.

Cuando se tocó el pelo, descubrió, como temía, que estaba despeinada. Y no llevaba ropa interior. Nunca había estado más indecente en toda su vida.

Y le daba igual.

La nueva Corrine era libre y salvaje, llena de vida, llena de fuego. La nueva Corrine se arriesgaba y confiaba.

Una vez que pudo concentrarse, descubrió que tras el camión había un remolque. Su burrito.

Cuando Matt salió del vehículo, se quedó parado. Estuvieron un rato mirándose sin decir nada.

Ella se bebió su imagen, iluminada por los primeros rayos del sol. Llevaba una camisa azul y otros vaqueros. Estaba tan guapo como siempre. Más quizá. Su mente de artista lo veía como un modelo perfecto. Y, como mujer, la dejaba sin aire en los pulmones.

—He traído a tu burro —dijo él por fin, cuando el silencio parecía interminable.

—Ya veo.

Las palabras no rompieron el hechizo. Peor aún, la ternura y la aspereza de su voz la llevaban un paso más cerca del abismo.

O, al menos, un paso más cerca del camión.

Por fin, Matt se echó el sombrero hacia atrás y se acercó al remolque para colocar la rampa.

—¿Te ha costado trabajo meterlo ahí?

—Pues... no.

—El hombre que lo trajo decía que era un monstruo, pero es muy bueno.

—Sí, ya —murmuró Matt, tirando de la cola del animal y poniendo un brazo protector para apartarla a ella del camino.

El burro bajó hacia atrás lenta, tranquilamente. Y después se quedó mirándolos, como diciendo: «tengo sueño».

—Ese no es mi burro.

—¿Cuántos burros crees que hay sueltos por el campo?

—No sé. Es que parece... diferente.

—Sí, ya.

—Y se porta de forma diferente —murmuró ella, alargando el brazo para tocarlo. El animal se dejó acariciar, emitiendo un rebuzno de placer.

—Sí, ya.

—¿Por qué dices eso todo el rato?

—Porque no hay una forma delicada de decirte qué es lo que ha mejorado el carácter de tu maldito burro —contestó Matt.

Corrine levantó la mirada... ¡Oh, no! Pero si se atrevía a reírse, él la mataría.

—Tu burro es un cerdo.

Corrine tuvo que morderse los labios para aguantar la risa.

—Lo llevaré al establo. No me hará nada, ¿verdad?

—No te preocupes. Esta mañana está como la seda. Exhausto —dijo Matt, poniéndose colorado. Qué rico—. De rebuznar toda la noche.

—¿Tú crees que...?

—Lo creo y lo confirmo. Solo es una cuestión de tiempo saber cuánto daño ha hecho.

—Lo siento.

—¿Ah, sí? Pues yo diría que estás a punto de soltar una carcajada.

Corrine tuvo que disimular de nuevo.

—Eso no significa que no lo sienta.

—Venga, llévate al maldito burro —sonrió él—. Yo haré el desayuno.

La antigua Corrine habría dicho: «No te atrevas a poner tus sucios pies en mi casa». O algo así de delicado. Pero no dijo nada.

—Ah, por cierto, señorita Parsons...

—¿Sí, señor Donahue?

—Cuando le da el sol, ese camisón suyo haría que un hombre le perdonase

cualquier cosa.

Corrine se colocó detrás del burro, colorada como un tomate.

Matt soltó una carcajada y subió los escalones del porche, saltándose el segundo que era un peligro, silbando tranquilamente.

Corrine dejó al burro en el establo y se quedó allí hasta que le pareció que el color de su cara había vuelto a la normalidad.

Cuando volvió a la cabaña, intentó no hacer ruido para pasar por detrás de él, pero Matt se volvió y le guiñó un ojo.

Avergonzada, entró corriendo en su dormitorio y cerró la cortina. Pero, de repente, la cortina le parecía una barrera demasiado precaria. Él la oiría cambiarse. ¿Se la imaginaría desnuda?

Cuando volvió a salir, con una coleta y una camisa abrochada prácticamente hasta las pestañas, no quedaba ni rastro de la descerebrada que había salido a la puerta con un camisón transparente.

La casa olía de maravilla. A hogar. No había nada mejor que el aroma a café, tostadas y beicon.

—¿No te gusta cómo cocino? —le preguntó.

Como Matt estaba de espaldas, decidió echar un vistazo. Le gustaba particularmente su espalda, su estrecha cintura... y su apretado trasero.

—La verdad, no.

—No cocino tan mal.

—Pero tú no probaste el sándwich de queso.

—Es que no tenía hambre.

—Tu forma de cocinar explica por qué estás tan delgada.

¿Delgada? Ella no estaba muy delgada. Pero cuando Matt la miró por encima del hombro, sus ojos chispeaban más que el beicon en la sartén. Y, de repente, Corrine no quería seguir disimulando.

—Vas a besarme, ¿verdad?

Él se volvió y la miró durante largo rato. Después, echó un huevo en la sartén.

—Pues sí. Creo que sí.

—¿Podríamos terminar con el asunto ahora mismo?

—¿Terminar con el asunto? —repitió Matt—. Menuda actitud romántica.

—Lo sé, pero es que estoy muy tensa.

—¿Nadie te ha besado antes?

—No como vas a hacerlo tú.

Él se volvió entonces y le pareció que había compasión en sus ojos, pero cuando sonrió se dio cuenta de que era ternura.

—Ahora mismo, no.

Corrine deseó correr al establo y ahogarse en el pilón.

—¿No?

—Estas cosas no pueden hacerse con prisas. Primero hay que darse la mano,

mirarse a los ojos...

—Ah.

—Y no debería haber nadie de menos de un metro cincuenta tomando notas.

—Ya.

—Así que deberíamos desayunar, llevar a Robbie a la guardería y después, ir a dar un paseo.

—Ah.

—Deberías revisar un poco tu vocabulario. Yo diría que es pobre.

—¿Eh?

Matt soltó una carcajada.

—¿Cómo te gustan los huevos? No, deja que lo adivine. Poco hechos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque solo sé hacerlos así.

—¿Qué suerte tengo —rió Corrine. Y lo decía de verdad. Tenía suerte en todos los sentidos.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —preguntó Matt, poniendo los platos en la mesa.

—No sé.

Darse la mano y mirarse a los ojos le parecía un buen plan.

—¿Qué tal algo que no hayas hecho nunca? Será un día en el que todo será nuevo.

—Montar a caballo, no. Me da miedo.

—Vale. Además, para mí eso es más trabajo que diversión. Quizá debería ser algo que tampoco yo haya hecho nunca.

Su parte malvada casi la obligó a decir: «entonces, de sexo nada». Afortunadamente, no lo dijo.

—Nunca me he bañado en el mar.

—Yo no me pongo bañador.

—¿Qué?

—Tengo las piernas blancas. Como siempre llevo vaqueros...

Corrine soltó una carcajada.

—¿Qué tal jugar con una cometa? ¿En la playa?

Abby le había contado que uno de sus momentos más románticos con Shane había tenido lugar jugando con una cometa.

—Vale. Pero no se lo digas a Robbie o no querrá ir a la guardería.

—Quizá deberíamos llevarlo...

—No —la interrumpió Matt con firmeza. Y esa firmeza la hizo sentir un escalofrío por la espalda.

—¿Ha vuelto mi burro? —escucharon entonces la voz del niño.

—Sí.

—Sabía que lo encontrarías, tía. ¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—¿Puedo ir a la guardería? Nicky va todos los jueves.

—Vaya —sonrió Matt, levantando las cejas—. Si insistes...

Ya lo había hecho. Liarla del todo. Provocar que estuvieran a solas. Pero estaba muerto de sueño. ¿Qué culpa tenía? No podía pensar con claridad.

—Yo friego los platos. Gracias por el desayuno.

—Se me da muy bien hacer huevos fritos. Y café. Soy un experto haciendo café —sonrió Matt, mirando el sofá—. Mientras friegas, ¿te importa si me tumbo un momento?

De esa forma, podría pensar con claridad cuando estuvieran solos.

—Vale. Acuéstate en mi cama, si quieres.

—No, el sofá me vale.

¿En su cama? Si casi no se había acostumbrado a la idea de besarla. Lo mejor sería dejar la cama fuera de la ecuación.

Por el momento.

La oyó trajinar en la cocina, escuchó la charla de su sobrino... se rompió un plato. No pasaba nada. A Corrine se le rompían las cosas. A lo lejos, oía los rebuznos del burro. Pero no lo molestaban como la noche anterior.

Solo cerraría los ojos un minuto, para descansar. Necesitaba descansar. Nunca se acercaba a un potro sin estar descansado.

Y pensaba en Corrine en esos términos. Un potrillo, asustado, sin experiencia.

Por un lado, sería buena idea alejarse de ella. Por otro, quizá se la había enviado el cielo.

Y quizá tenía razones para ello.

Con esa nota filosófica, consiguió hacer lo que no pudo hacer por la noche. Dormirse como un tronco.

Cuando se despertó, la casa estaba en silencio. Matt se volvió para mirar el despertador y... se cayó del sofá.

Se levantó, mareado, y miró su reloj. Las once.

—¿Corrine?

—Estoy aquí.

Cuando salió al porche, vio que ella había colocado un caballete y se había quitado el pañuelo que sujetaba la escayola.

—¿Deberías hacer eso?

Era la misma cara infantil que vio unos días atrás. Una carita graciosa, simpática. Y siguió pensando que la había visto en alguna parte.

—¿Por qué no? Estoy dibujando, no pegándome con mi burro.

—¿Qué has hecho con mi enano favorito?

—Lo he llevado a la guardería.

—Lo siento. Te había prometido un día especial y me he quedado dormido.

Menuda faena para un hombre dispuesto a... —Matt no terminó la frase. «A besarte hasta que me maree», quería decir— a hacer cosas nuevas.

—No pasa nada. Es nuevo que duermas en mi casa.

—¿Qué?

—Que es la primera vez que duermes en mi casa.

—¿Ha sido emocionante? —rio él.

—A mí me ha gustado.

—¿De verdad?

—Sí. Me gusta que estés en mi casa.

—¿Te ha dicho algún hombre que sales muy barata?

—Yo nunca he salido con nadie —contestó Corrine.

—¿Qué? Lo dirás de broma.

—Me asusta la gente, Matt. Y siempre los echo de mi lado.

—¿Eso significa que yo no te gusto? —preguntó él, con un nudo en la garganta.

—No. Pero tú no me das miedo.

Le hubiera gustado preguntarle por qué tenía miedo, pero supo que se lo contaría cuando estuviera preparada. Y cuando así fuera, sería solo porque confiaba en él del todo.

Una semana antes, que Corrine Parsons tuviera tanta fe en él lo habría hecho salir corriendo. Pero ya no era la persona que había sido la semana anterior. Y tenía mucho que ver con ella.

De repente, se preguntó si la habría conocido antes, si su alma la habría reconocido nada más verla. Porque le parecía conocerla de siempre. Se sentía cómodo a su lado, tan cómodo como si se conocieran hace mil años.

Era como si estuviera mirando a su alma gemela.

Y nunca había tenido menos ganas de salir corriendo.

—No voy a hacer nada que te dé miedo.

Corrine sonrió.

—Yo tengo miedo de todo. Por eso tengo que parecer tan dura.

—A mí no me lo pareces.

—Lo sé. Porque ves en mí algo que nadie ha visto antes.

—Si no lo han visto, es porque están ciegos.

Matt vio que sus ojos se llenaban de lágrimas y supo que debía apartarse un poco, como haría con un caballo asustado.

—Además, no te da miedo hacer volar una cometa.

—No.

Lo que le daba miedo era saber dónde iban a llevarlos esos sentimientos. Lo que le daba miedo era confiar, esperar, compartir.

Era decirle que sí a la vida.

Algo que Matt había dejado de hacer cuando Marianne murió. No conscientemente. No le había mostrado el puño a Dios, proclamando que se retiraba

de la aventura.

Pero eso era lo que había hecho.

Y por eso estaba allí. No para robar besos. No por él. Le habían dado la oportunidad de ayudar a una persona que tenía miedo.

Y, con Corrine Parsons, eso no era algo que pudiera hacerse en un día. Necesitaría toda una vida.

Y eso tampoco le daba miedo.

—Vamos a jugar con la cometa —dijo, pasándole un brazo por los hombros. Corrine apoyó la cabeza y Matt sonrió.

Y siguió sonriendo. Su vida siempre había sido trabajo. Incluso en el instituto, cuando los demás niños se iban a jugar, él tenía que volver al rancho para ayudar a sus padres.

Y nunca lo lamentó. ¿Cómo podía lamentar algo que nunca se había cuestionado? Tenía que trabajar, simplemente.

Marianne, sin embargo, era un espíritu libre. Se había marchado a una comuna *hippie* y cuando volvía, le contaba todo lo que hacía. Él la envidiaba un poco. Su hermana lo pasaba bien. Y había conseguido ganar dinero pasándolo bien. Pintaba objetos, calabazas, por ejemplo, y las convertía en una obra de arte.

Y entonces se quedó embarazada. Para entonces, Matt le había comprado el rancho a sus padres, que se retiraron al clima más cálido de Arizona.

Marianne volvió a casa rota. Nunca le dijo quién era el padre de Robbie. Pero su luz había desaparecido.

A veces pensaba que había empezado a morir entonces.

Pero a ella le habría gustado que su hermano mayor pasara el día en la playa, disfrutando, sin trabajar. Le habría gustado mucho.

Se encontró a sí mismo contándole la historia a Corrine. Y cuando terminó, paró el camión delante de una tienda de cometas, en el puerto.

—Entonces, este día es por ella, ¿no?

—Supongo que sí.

—Y puedo elegir la cometa más cara que encuentre, ¿verdad?

—Verdad.

—Pero la pagaré yo, listo —rio Corrine entonces.

Compraron una enorme cometa que tenía forma de semicírculo, con una cola de mil colores.

—Necesitaremos un huracán para levantar esto.

—No, ya lo verás. Hoy van a pasarme cosas buenas.

Unos minutos después, estaban en la playa. Matt había vivido toda su vida en la costa de Oregón, pero podía contar con los dedos de una mano las veces que había ido a la playa.

Corrine se quitó las zapatillas mientras él se quitaba las botas. No había una gota de aire, pero en cuanto salió corriendo empezó a soplar un viento que parecía llegar

de ninguna parte. La cometa se levantó hasta el cielo. Y ella empezó a correr por la playa, riendo, saltando como una niña.

—¿Qué te parece?

Cuando Matt miró hacia arriba, le pareció un símbolo de esperanza.

Sin pensar, se colocó detrás de ella y la envolvió en sus brazos. Jugaron con la cometa, moviéndola de un lado a otro como si fuera un potrillo al que estaban domando.

El viento sabía a sal.

Matt no se había sentido nunca tan cómodo con otro ser humano.

Inclinándose, tomó su cara con una mano y la besó. No era un juego aquella vez. No era un suave roce.

Era una reivindicación.

La reivindicaba como suya. Corrine enredó los brazos alrededor de su cuello para devolverle el beso.

—¡Se les escapa la cometa! —oyeron gritar a un niño.

A Matt le daba igual, pero Corrine salió corriendo tras ella. Por fin, la agarró y volvió sonriendo hacia él.

—¿Dónde estábamos? —preguntó, en voz baja.

—Aquí —contestó Matt, tomándola en sus brazos de nuevo.

Capítulo 8

Corrine se dejó llevar por la fuerza de sus brazos, por el calor que emanaba del cuerpo del hombre. Podía sentir la fuerza de sus músculos, las duras piernas pegadas a las suyas, sus pechos aplastados contra el sólido torso masculino.

No sabía si alguna vez en su vida se había sentido más mujer. No sabía si alguna vez se había percatado de lo suave que era en comparación con un hombre.

Y entonces, él la besó.

Sin preliminares, sin avisarla, sin mirarla a los ojos. Y fue un beso lleno de pasión.

Con las olas rompiendo contra la playa, dejando una marca de espuma blanca, Corrine le devolvió el beso. Lo saboreó. Saboreó el deseo que había en esos firmes labios masculinos. Y la ternura.

Era como si hubiera esperado toda su vida para eso. Se sentía completa. El vacío que había en su interior se llenaba, la convicción de que nunca iban a pasarle cosas buenas, arrastrada por el roce de sus labios.

Sabía que estaban en una playa, delante de todo el mundo, portándose como dos críos. Pero no le importaba.

Ella nunca había hecho eso cuando era una cría.

Y entonces se le ocurrió que un beso no iba a ser suficiente. Por la mañana, cuando le preguntó si iba a besarla, lo había hecho con infantil inocencia, pero quien contestaba a aquel beso no era una niña, sino una mujer. Y como mujer sabía que un beso como aquel no era el final de nada, sino el principio.

Y se dio cuenta de que lo quería todo. No solo sus labios. No solo un inocente beso en una playa pública. Quería seguir aquel rastro de fuego. Quería sentir la sedosa piel desnuda del hombre bajo sus dedos, su áspera cara, los fuertes músculos de sus brazos... Quería pasar la lengua por aquella vena que latía eróticamente en el interior de sus brazos, desde el codo hasta los bíceps.

Quería sentir aquel torso duro como el acero en su cara, dejar un cerco de fuego con su lengua desde los pectorales hasta el ombligo.

Y quería que Matt la tocara. Que la tocara donde nadie la había tocado. Quería que sus labios la explorasen...

Pero no podía hacerlo en una playa.

—Vámonos a casa —le dijo en voz baja.

Él dio un paso atrás, mirándola a los ojos, apartando un mechón de pelo de su frente.

—¿Estás segura?

Corrine asintió, con la garganta seca, sintiendo un cosquilleo en la piel, el corazón dando saltos dentro de su pecho.

Matt se inclinó y le dio un beso en la frente. Después, tomó la cometa del suelo y le pasó un brazo por los hombros. Mientras caminaban juntos, ella sintió que formaba

parte de algo. Solo se había sentido así cuando conoció a sus hermanas.

Pero aquella sensación era diferente. Muy diferente. Sus hermanas y ella se habían convertido en un trío, una familia.

Pero con él, era parte de un dúo. Una pareja.

¿Cuántas veces había visto a las parejas, aparentando no mirar, con envidia en los ojos? Estaban por todas partes, en el cine, en la calle, en las tiendas... amantes que solo tenían ojos el uno para el otro.

Que ni siquiera sabían que los estaba mirando. Siempre tocándose: él, con un brazo sobre los hombros de ella, o tomándola por la cintura, posesivamente. Ella, apretando su mano, acariciando su cara.

Conectados de una forma menos concreta, sujetos por un hilo invisible, apartados del resto del mundo.

Corrine siempre se había sentido excluida.

Y, de repente, había alguien con el brazo sobre sus hombros, alguien que la miraba con reverencia y con pasión. Como si le dijera: «He encontrado lo que estaba buscando».

Se detuvieron para ponerse los zapatos. Matt tomó su pie derecho y le quitó la arena con la mano. Era un gesto pequeño, pero tan cargado de erotismo que se puso colorada.

Él sonrió, travieso, y empezó a hacer círculos con el dedo en la planta del pie, sin dejar de mirarla a los ojos.

Corrine, nerviosa, apartó el pie y se puso las zapatillas sin mirarlo, demasiado turbada. Sentía un deseo desconocido dentro de ella, tan ardiente que temía quemarse.

Pero no le importaba. Nada le importaba.

Había llegado al punto en el que solo podía rendirse. Cuando cerró los ojos, intentando recuperar el sentido común, solo podía verse a sí misma en la cama... y a Matt encima de ella.

Y, por su forma de mirarla, él sentía lo mismo.

Acababan de llegar al camión y, con el rabillo del ojo, vio una ráfaga de color.

—¡Corrine!

Cuando se volvió, vio a Brittany corriendo hacia ella.

—Hola, Brittany.

—Llevo llamándote todo el día. ¿Dónde estabas? Angela Pondergrove ha sufrido un accidente.

Corrine apenas la recordaba. La había visto dos veces, en las bodas de sus hermanas. Una anciana... que les regalaba los vestidos de novia.

Que había conocido a su madre. Que tenía respuestas.

Eso la devolvió a la realidad. Miracle Harbor... un sitio precioso. ¿El puerto siempre había sido tan grande, tan hermoso?

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, pero Angela está en Minnesota. Jordan está destrozado y el pobre

Mitch...

Corrine por fin había conseguido borrar la niebla de su cerebro y pudo concentrarse en lo que Brittany le estaba diciendo.

—¿En Minnesota?

—Mitch ha comprado los billetes y a mí casi me da un ataque cuando no te he encontrado. Incluso fui a tu casa, pero no estabas. Tenemos que ir, Corrine. Angela quiere hablar con las tres.

Brittany estaba tan agitada que ni siquiera había saludado a Matt.

—¿Ahora mismo?

—El avión sale dentro de una hora.

Como siempre, lo que más deseaba en el mundo le era arrebatado, pensó Corrine, mirando a Matt con el rabillo del ojo.

—Pero no tengo tiempo de ir a casa a cambiarme...

—Da igual. Tenemos la misma talla. Por fin tendré la oportunidad de verte con ropa decente —suspiró su hermana—. Ah, hola Matt.

Matt le devolvió el saludo, sin dejar de mirarla a ella.

—Tienes que ir. Yo te estaré esperando. Ya lo sabes.

Pero Corrine no lo sabía.

Sentía pánico. Otra vez. Otra vez le quitaban lo que casi tenía en las manos. Otra vez, como siempre.

¿Qué hacía Angela Pondergrove en Minnesota? ¿Por qué tenía que estar precisamente allí? Pero conocía la respuesta. Porque allí era donde todo había empezado.

Veinticinco años atrás, una mujer murió y sus hijas fueran separadas. Solo Angela Pondergrove conocía la razón.

Y Corrine tenía que saberla. Como Brittany, como Abby. Todo su futuro dependía de eso.

Hasta que supiera por qué las habían separado, por qué ella se llevó la peor parte, no podría mirar el futuro de frente.

Le hubiera gustado que Matt fuera con ella, que la apoyase, que le diera fuerzas.

Pero no podía pedirselo. Él tenía que atender a su sobrino, su rancho, sus caballos.

Y apenas se conocían. Sólo habían compartido un beso en la playa.

Aunque en su corazón sintiera que se conocían desde siempre, esa era la cruda realidad.

—Yo me encargaré de tu burro.

Eso sí había cambiado. Corrine nunca había dejado nada atrás. Nunca había tenido ningún sitio al que volver. Cuando miró a Matt, tan paciente, tan fuerte, tan seguro de sí mismo... No solo algo; tenía alguien a quien volver.

Y Matt Donahue estaría esperándola.

¿Por qué tenía esa confianza? ¿Por qué estaba tan segura?

Matt se inclinó entonces y le dio un beso en la boca. Como para decirle que no pasaba nada, que fuera valiente, que estaría esperándola.

Pero besarla delante de su hermana... Tenía que saber que eso era prácticamente un compromiso. Algo que se parecía sospechosamente a un futuro.

—Tú sabes que yo sería la última persona en el mundo que querría interrumpir un momento como este —dijo entonces Brittany—. Pero debemos irnos.

Matt tomó su mano y se la llevó a los labios, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Adiós, Corrine.

Fue el momento más tierno que había vivido nunca.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero Brittany la tomó de la mano y prácticamente la arrastró hasta su casa. Mientras corrían, ella iba mirando hacia atrás, hacia el camión que Matt acababa de arrancar.

No sabía si la había visto llevarse la mano a los labios para tirarle un beso, lleno de esperanza y de sueños.

—Parece que tienes cosas que contarme —estaba diciendo su hermana—. Por Dios, si no podíais dejar de tocaros.

No podían, era cierto. Pero Corrine sabía que era pasión. Y la pasión es muy diferente del amor.

—No quiero hablar de ello.

Una sombra de tristeza oscureció las preciosas facciones de su hermana.

Y, tontamente, se preguntó por qué veía a Brittany preciosa, pero no se veía de ese modo a sí misma.

Matt se alejó, sorprendido al darse cuenta de que le temblaban las manos. Estaba asombrado de su comportamiento. Un hombre maduro portándose como un adolescente en la playa... pero no lo lamentaba.

Le hubiera gustado decirle que quería ir con ella, que quería estar a su lado cuando se enfrentase a... lo que tuviera que enfrentarse.

Hubiera dado cualquier cosa por ir con ella y colocarse como un escudo para que nadie le hiciera daño.

Pero no podía hacerlo. Tenía responsabilidades. Robbie, el rancho. Incluso su burro era una responsabilidad.

Quizá era mejor que se hubiera ido. Las cosas iban demasiado rápido.

Necesitaba tiempo para pensar. Estaba demasiado confuso. Medio dormido, intoxicado con sus besos.

Pero una extraña felicidad empezó a embargarlo cuando descubrió que lo que sentía por Corrine Parsons era mucho más que deseo.

Él sabía lo que era el deseo. ¿Qué hombre no lo sabe?

Y lo que sentía por ella era mucho más profundo. Mucho más. Incluso podría ser... Amor.

¿Cómo podía amarla? Apenas se conocían. Sin embargo, a Barbara la había conocido muy bien. Y comparando lo que sintió por ella con lo que sentía por Corrine Parsons... No podía compararse. Era imposible.

¿Y Robbie? Había querido a Robbie desde que nació. Completamente, sin duda alguna.

Un hombre puede vivir muchos años sin conocer la palabra amor. Pero cuando se conoce...

No podía negarse a sí mismo el anhelo de estar con Corrine, de compartir su vida, de ayudarla y protegerla, de reírse con ella, de ser el mejor hombre posible a su lado y ayudarla a olvidar sus miedos.

Y tampoco podía negarse el anhelo de que confiara en él, que fuera la madre de sus hijos, la que acariciase su cabeza cuando estuviera cansado por la noche, quien le mostrase hasta dónde podía llegar como hombre.

Quería llegar hasta el final con ella, quería llegar con Corrine hasta donde pudiera llevarlos el amor.

Estaba asustado, pero no lo estaba en absoluto.

Matt miró su reloj, sonriendo.

La señora Beatle volvería a enfadarse con él. Pero estaba enamorado y le daba igual. La señora Beatle le había dicho que no a la vida.

Pero él no pensaba hacerlo.

La señora Pondergrove le pareció aún más pequeña en el hospital. Corrine estaba asustada y se colocó detrás de sus hermanas. Pero tenía que conocer la verdad. Era fundamental.

Sin embargo, cuando Angela Pondergrove abrió los ojos, en ellos había un brillo juvenil.

—Chicas, qué alegría veros. No es así como lo había planeado... Yo quería hablaros de la boda de Corrine, pero ahora tengo que cambiar de planes. Los médicos dicen que voy a ponerme bien, pero no puedo arriesgarme.

¿La boda de Corrine? Ella no pensaba casarse.

—No digas eso, Angela —dijo Jordan Hamilton, tomando su mano—. Vas a ponerte bien, ya lo verás.

—Jordan, no tengo fuerzas.

—¿No? ¿Y cómo te has recorrido el país de un lado a otro?

—Bueno, eso da igual. Tengo que hablar con las niñas.

«Las niñas». Curiosa forma de llamarlas, pensó Corrine.

—¿Por qué desapareciste, Angela? —le preguntó Brittany.

—Sentaos, por favor. Creo que estaréis aquí un buen rato —suspiró la mujer.

—No te canses demasiado —la advirtió Jordan—. Si veis que se cansa...

—Tendremos cuidado, te lo prometo —lo interrumpió Abby.

Jordan salió de la habitación y las tres se sentaron alrededor de la cama, nerviosas.

—Jordan es un buen hombre.

—Y está loco por ti —sonrió Abby, tomando su mano—. No pensarás romperle el corazón, ¿verdad?

—Oh, no. Tengo tal peso en la conciencia que no podría soportar hacerle daño a nadie.

Las tres hermanas se quedaron en silencio. Un silencio roto por Brittany, por supuesto:

—Cuéntanos, Angela.

—La última vez que estuve aquí fue hace veinticinco años. En invierno. Corrine, tú conoces el invierno en Minnesota, ¿verdad?

—Y cómo —murmuró ella.

—Vine aquí con mi marido, en uno de sus viajes de negocios. Nada me hacía más feliz que estar con él, aunque tuviéramos que recorrernos el país entero. Eso es lo que pasa cuando uno está enamorado —suspiró Angela—. Alf murió hace nueve años y me dejó una fortuna. Guardaba el dinero para cuando se retirase. Quería llevarme a hacer un crucero por todo el mundo. El tonto de Alf... como si yo necesitase un crucero cuando lo único que me importaba era estar cerca de él. Nunca os guardéis el dinero, chicas. Usadlo mientras podáis... Y eso me devuelve al asunto, a cómo mi vida se ha mezclado con la vuestra. Cuando llegamos a Minnesota, de repente se desató una tormenta de nieve. Una cosa increíble, yo nunca había visto nada igual. No se veía nada, era como entrar en una nube de plumas blancas. No podíamos seguir, pero tampoco podíamos detenernos por miedo a que nos dieran un golpe por detrás. Empezamos a pasar por delante de coches volcados, camiones incluso. La carretera se había convertido en una pista de hielo... y Alf conducía, nervioso, con la cabeza pegada al cristal.

—¿Y qué pasó? —preguntó Brittany, nerviosa.

—De repente, nuestro coche empezó a patinar. Es curioso cómo recuerdo claramente todo lo que ocurrió aquella tarde, hace veinticinco años. Recuerdo la ropa que yo llevaba, la que llevaba mi marido, el olor del coche... Pero no me acuerdo de lo que he comido hoy —murmuró la mujer, cerrando los ojos.

—Angela, no sigas si eso te angustia.

—Tengo que seguir, cariño. Me ha angustiado durante veinticinco años y debo contarlo para encontrar un poco de paz —suspiró Angela. Las hermanas se miraron, preocupadas—. Nuestro coche estaba patinando y, por un milagro, no nos chocamos contra el que teníamos delante. Pero entonces vimos un coche azul, un utilitario, patinando a toda velocidad en el hielo... dirigiéndose hacia un camión que estaba tirado en medio de la carretera. Un camión blanco, con el dibujo de una araña negra de ojos rojos...

Una araña negra de ojos rojos. Brittany, Abby y ella se miraron. ¿Lo recordaban

las tres? ¿Podían acordarse de eso si solo tenían dos años cuando ocurrió?

—Yo me acuerdo —dijo Corrine entonces—. ¿No os acordáis? Por eso nos dan tanto miedo las arañas.

Brittany y Abby, al unísono, se llevaron la mano a la boca.

—Entonces vi la cara del hombre que conducía —siguió Angela—. Era joven y guapo. Tenía una expresión decidida, pero no podía hacer nada. Por supuesto, chocó contra el camión y mi marido y yo vimos volar trozos de metal por todas partes. Alf detuvo el coche en lo que pensábamos era el arcén y salió para echar una mano. Yo estaba muerta de miedo, pero me obligué a mí misma a salir para ayudar en lo que pudiera. El hombre que conducía estaba muerto. Yo nunca había visto a una persona muerta, pero me di cuenta enseguida. En el suelo, sobre la nieve, estaba su mujer. Estaba viva, temblando de frío. Me quité el abrigo y se lo puse encima... Recuerdo que oíamos golpes, gritos, pero ninguna sirena. Las ambulancias tardaron mucho tiempo en llegar. Y durante todo ese tiempo, me quedé con ella. Era una mujer muy guapa, preciosa. Tenía el pelo rubio y unos ojos... unos ojos que no había visto nunca hasta que os conocí. Sabía que estaba muriéndose, por eso no me moví de su lado.

Corrine y sus hermanas estaban llorando, pero intentaban seguir la historia.

—Sigue, Angela —dijo Brittany, la más valiente de las tres.

—Y supe que para mí eso era un honor. Que era mi obligación estar con ella para que no muriese sola. Apretaba su mano, le decía palabras de consuelo, escuchaba lo que me decía casi sin voz... Y le hice la promesa de que todo saldría bien. Ella apretó mi mano, cerró los ojos y... se fue. Y entonces os oí llorar.

Capítulo 9

—Cuando os oí llorar, recordé la expresión del hombre. No era miedo, era la determinación de salvar a sus hijas —murmuró Angela, dejando caer la cabeza sobre la almohada—. Estoy muy cansada. Lo siento.

—Ya es suficiente —dijo Abby—. No tienes que contarnos nada más por ahora.

—Sí, cariño, tengo que contároslo. Tengo que contaros la promesa que le hice a vuestra madre. La promesa que no pude cumplir.

—Lo harás mañana, Angela. Ahora estás muy cansada.

Brittany había ido a buscar a Jordan, que entró en la habitación con gesto preocupado. Alto, de pelo blanco, con un elegante traje de chaqueta... se tumbó en la cama al lado de Angela y apretó su mano.

De repente, era como si estuvieran solos. Una imagen extraordinaria, fuera de lo común.

Eso le recordó dolorosamente a Matt. Y lo que ella no tendría nunca.

Tenían habitaciones en un hotel cercano al hospital, pero Corrine no quiso salir a cenar con sus hermanas. Alquiló un coche y fue a dar un paseo.

Una tontería volver a Minneapolis, donde habían quedado sus peores recuerdos. La casa de su tía Ella, cada una de las casas de acogida en las que tanto había sufrido...

Cuando pasó por delante de su apartamento, sintió que toda su vida había estado vacía, incompleta.

Era como si Minnesota le hubiera hecho una herida en el corazón. Y marchándose de allí, se había curado. Pero volver... era como pasar de un baño caliente a un lago helado. Las heridas volvían a abrirse y su confianza de que iban a pasarle cosas bonitas se resquebrajaba.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Brittany, preocupada, cuando volvió al hotel.

—Dando una vuelta —contestó ella.

Por la mañana, volvieron al hospital. Angela estaba más animada aquel día.

—¿Estáis dispuestas a escuchar el resto de la historia?

—Por supuesto —contestó Brittany.

Pero Corrine no estaba tan convencida.

—La mujer que murió en la carretera se llamaba Belle. Me habló de su marido, Allan. No sabía que había muerto y yo no se lo dije. Me habló de cuánto lo quería, de cómo se habían enamorado. ¿Sabéis que se casaron solo dos meses después de conocerse?

—No —contestó Abby.

—¿Y no os parece curioso que a vosotras os ha pasado lo mismo? Os casasteis

con dos hombres a los que acababais de conocer —sonrió Angela—. Luego me habló de vosotras, sus trillizas. Os pusieron el nombre por orden alfabético, primero Abby, luego Brittany y Corrine. Belle me habló de lo feliz que era con vosotras. Estaba muy preocupada por dejaros solas. Supongo que también ella sabía que iba a morir. Le dolía no poder estar con vosotras cuando os hicierais mayores, no poder vivir el primer día de instituto, el día de vuestra boda... Temía que nadie pudiera enseñaros a querer, que nadie pudiera enseñaros lo importante que es el amor.

Corrine hubiera deseado enterrar la cara entre las manos y ponerse a llorar. Pero entonces recordó su regla número uno: no llorar nunca.

—Corrine... —murmuró Abby, tomando su mano.

—Parece que no tenían mucha familia, solo una hermana de vuestra madre.

—Ella Bigelow —murmuró Corrine.

—Ella Bigelow. Belle no quería que fuerais a vivir con su hermana porque, por lo visto, no era una mujer muy cariñosa. Y ella quería para vosotras una vida llena de amor, de abrazos, de risas. Es curioso cómo lo recuerdo. Puedo oír su voz todavía diciéndome esas cosas —suspiró Angela—. Estaba muy agitada. Y entonces me obligó a hacerle una promesa... —añadió, con voz entrecortada—. Me hizo prometer que haría lo que pudiera para veros felices, que no permitiría que os separasen, que cuidaría de vosotras. Y yo se lo prometí. Una tarde de pesadilla en medio del hielo en una carretera de Minneapolis, le hice esa promesa a vuestra madre.

Angela empezó a llorar. Igual que Brittany y Abby, pero Corrine no podía llorar. Sus lágrimas se habían helado.

—Pero no la cumplí —siguió entonces la mujer—. No pude hacerlo. No erais familia mía y en el hospital no querían decirme nada. Mi marido tenía que acudir a una reunión urgente en Ontario y tuvimos que marcharnos. Pero yo nunca me fui de allí. Me dejé el corazón en esa carretera helada. Durante veinticinco años me pregunté qué habría sido de vosotras. Alf, el pobre, quería que me olvidase, pero nunca pude hacerlo. Y cuando murió y descubrí que me había dejado tanto dinero... pensé que podría cambiar las cosas, que podría, por fin, podía cumplir la promesa que le hice a vuestra madre. Cuando el detective me contó que os habían separado tras el accidente me quedé destrozada.

—¿Quién decidió separarnos? —preguntó Brittany, secándose las lágrimas.

—No lo sé. Solo sé que Ella se llevó a Corrine del hospital. Pero como vuestra madre había supuesto, no sabía cuidar de una niña.

—¿Y nosotras? —preguntó Abby.

—Tú estabas muy grave y una enfermera, Judy Blakely, te cuidó hasta que te pusiste bien. Y desde entonces no pudo separarse de ti. Por lo visto, fue a ver a Ella dos meses después y descubrió que apenas podía cuidar de Corrine. ¿Cómo iba a cargarla con otra niña? ¿Con dos? Judy decidió adoptarte y Ella buscó una familia para Brittany. Los Patterson, ¿verdad?

—Sí —murmuró su hermana.

—Pero si mi tía Ella no podía cuidar de mí, ¿por qué no me dio en adopción? —preguntó Corrine.

—No lo sé, cariño. Ella Bigelow murió hace dieciséis años.

—Entonces Corrine solo tenía once. ¿Qué pasó entonces?

—Supongo que ella podrá contároslo mejor que yo.

Sus hermanas la miraron y Corrine dejó escapar un suspiro.

—Cuando tenía seis años, la tía Ella ya estaba... enferma. Mal de la cabeza, en realidad. A partir de entonces, fui de una casa de acogida a otra.

La ternura que había en los ojos de Brittany y Abby era demasiado para ella. La hacía pensar en todo lo que no había tenido, en todo lo que había echado de menos. En lo que siempre seguiría echando de menos.

No podía cargar a nadie con tanta amargura, se dijo. Matt y Robbie estarían mejor sin ella.

—Y cuando Ella murió, ¿por qué no te adoptó alguna familia? —preguntó Abby.

—Nadie quería adoptarme.

La palabra «incurable» estaba impresa en su mente. El dolor y la confusión se convirtieron en rabia a los once años. Nadie le había dado amor y Corrine no sabía cómo pedirlo.

—No puedo creer que Judy me hiciera esto. Ella sabía que tenía dos hermanas... ¿por qué no me lo dijo? —exclamó Abby—. Corrine nos necesitaba más que nadie.

Ella se mordió los labios. Cómo habría deseado oír aquello cuando era una niña.

—Judy Blakely tenía sus propios problemas, cariño —dijo Angela—. Tuvo que irse a vivir a Chicago para buscar trabajo y no creo que Ella fuera una persona con la que nadie pudiera llevarse bien.

—¿Mis padres sabían que tenía dos hermanas? —preguntó Brittany.

—No lo sé. En fin, para terminar mi historia, contraté a un detective, esperando que todo os fuera bien en la vida, que tuvierais marido, hijos, que fuerais felices... Pero descubrí que ninguna de las dos tenía pareja, que Brittany era un poquito frívola y que Corrine... pobre Corrine.

«No sientas compasión por mí», le hubiera gustado gritar. Pero no dijo nada. Porque era cierto. Pobre Corrine.

—Yo os regalé la casa, la pastelería y la cabaña —siguió Angela—. Para Abby, la más insegura, el regalo de la seguridad. Para Brittany, el de la responsabilidad. ¿Y qué necesitabas tú, Corrine?

—Me regalaste un burro —contestó ella.

Las tres se echaron a reír. Pero Corrine sabía que lo que necesitaba era algo que cuidar. Solo que ese «algo» se había convertido en «alguien». Matt y Robbie.

Todo había sido parte de un plan. Shane, el vecino de Brittany, Mitch, el hijo de Jordan.

—Yo quería que os casarais porque había sido tan feliz con mi marido... Me pareció que eso era lo que os faltaba.

Todo el mundo hacía planes por ella, todo el mundo le decía lo que debía hacer. Por eso Angela le había regalado la cabaña... y a su vecino.

Pero nadie podía obligar a Matt Donahue a preocuparse por ella. Nadie podía obligarlo a quererla. ¿O sí?

—Tú sabías que Matt quería comprar mis tierras, ¿verdad?

Posiblemente, haría lo que fuese para conseguirlas. Qué tonta había sido, qué ingenua.

—Sí, lo sabía. Pero después de contaros que conocí a vuestra madre, me pareció que estaba jugando a ser Dios y sentí remordimientos. Yo no tenía ningún derecho a jugar con vuestra vida y por eso desaparecí. Volví a esa carretera donde murió Belle y le llevé flores. Fui allí todos los días para hablar con ella, para confiarle mi confusión. Y allí fue donde tuve el accidente. Por eso decidí contároslo todo antes de morir.

—No vas a morir, Angela —dijo Abby.

Corrine tenía una sensación de irrealidad. Las últimas semanas solo habían sido un guión escrito por otra persona. Nadie la quería. Nadie sentía auténtico cariño por ella.

Y pronto sus hermanas empezarían a verla como lo que era, una persona amargada. Y Matt lo vería también. ¿Durante cuánto tiempo podría mantener la charada de que era una chica alegre, llena de vida? ¿Cuánto tiempo tardaría Matt en darse cuenta de que ella no podía amar a nadie?

No tenía nada que dar. Y no podía hacerles daño a sus hermanas. Ni a Matt. Ni a Robbie. Ni siquiera a Angela Pondergrove.

Aunque era patético, se alegraba de tener a su burro. Él no le pediría nada más que un poco de paja y pienso.

Sabía lo que iba a hacer. Se marcharía a alguna parte, donde nadie pudiera encontrarla, donde nadie esperase que fuera encantadora, alegre y llena de vida. Donde nadie esperase que fuera la clase de mujer que corre por la playa con una cometa y que besa a un hombre con todo su corazón.

Corrine se levantó. Había interrumpido a Angela, pero le daba igual.

—No me encuentro bien. Voy a dar un paseo.

—Yo te llevaré —se ofreció Abby.

Angustiada, Corrine saboreó ese momento. El último momento con sus hermanas.

—No, gracias. Prefiero ir sola.

El amor era demasiado difícil, demasiado extraño para ella. El amor exige que uno sea vulnerable y frágil y ella ya lo había sido más que suficiente.

—¿Cómo que tu hermana ha desaparecido? —exclamó Matt.

No había podido pegar ojo, pensando en ella. Robbie la echaba de menos, el burro la echaba de menos... Y, sobre todo, él la echaba de menos como loco.

Aquel día se había rendido. Metió a *Cuppie Doll* en un remolque y la llevó a casa

de Corrine. Y después soltó al burro. La veterinaria le había confirmado que su yegua ya no era fértil, de modo que no era una tragedia. Pero también le había advertido que el semen de un asno es más poderoso que el de un caballo. Una yegua que no queda preñada por un semental puede quedar preñada de un burro.

Qué cosas.

Afortunadamente, Matt consiguió llevarse a Robbie de allí antes de que... empezase la acción.

A la señora Beatle no le haría ninguna gracia que su sobrino contase ciertas historias en la guardería.

Matt intentó concentrarse en lo que Brittany le estaba contando. Corrine había desaparecido.

Debería haber hecho caso de su instinto. Debería haber ido con ella a Minnesota.

Obviamente, no se había perdido. Tenía veintisiete años y conocía perfectamente Minneapolis porque había vivido allí. Sencillamente, no quería que la encontrasen.

Brittany no le contó toda la historia, pero sí lo suficiente. Una tía demente y enfermiza. Casas de acogida, ninguna posibilidad de adopción...

Por eso tenía tanto miedo. Por eso no quería volver.

Corrine había tomado la decisión de escapar de su propio dolor.

Pero Matt tenía la intuición de que volvería por su burro. Y él estaría esperándola.

Y haría lo que fuera para convencerla de que se quedase.

Agitado, se levantó de la cama y fue a la habitación de Robbie. El niño estaba dormido con un libro entre las manos, que se escurrió cuando intentaba envolverlo en la manta.

—Brandy... Necesito a Brandy.

Matt tomó el libro del suelo. Era el libro de cuentos que solía leerle a su sobrino todas las noches. Y entonces descubrió que el rostro de la niña del cuento era el mismo que Corrine pintaba en su caballete. Por eso le resultaba tan familiar.

—Duérmete, Robbie. Tenemos que ir a casa de Corrine.

—¿Está en casa? —preguntó el niño, medio dormido.

—Aún no.

—¿Tú sabes quién es?

—Sí, creo que sí.

—Es Brandy —dijo Robbie entonces—. Yo he rezado para que viniera.

—¿Por qué? —le preguntó su tío, con un nudo en la garganta.

—Porque ella sabe lo que me duele.

A Matt le costaba hablar, pero hizo un esfuerzo.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Mi mamá me dijo que cuidara de ti. Pero no sabía cómo y por eso rezaba para que viniera Brandy.

Matt recordó entonces a la alegre huérfana que salía de todas las dificultades con una sonrisa en los labios. Por eso le gustaba tanto a Robbie. No sabía quién le había

regalado aquel libro. Creía recordar a una señora mayor que lo puso en sus manos durante el entierro de Marianne... pero no estaba seguro.

Si Brittany volvía a llamarlo, le preguntaría cómo era Angela Pondergrove.

Mientras conducía hacia la cabaña, temía que Corrine ya se hubiera marchado. Pero el burro y *Cuppie Doll* estaban comiendo hierba tranquilamente bajo la luz de la luna.

Matt subió los escalones del porche, evitando el segundo como siempre, y abrió la puerta. Dejó a Robbie en el sofá y cuando volvió a quedarse dormido, tomó el libro de cuentos.

Brandy, escrito e ilustrado por Corrine Parsons. ¿Cómo no se había fijado antes en el nombre de la autora?

Después de leerlo, entendió mejor a la mujer que amaba. Entendió el dolor que había en su corazón, pero también lo valiente que era. Y la quiso un poco más.

Media hora después, se quitó las botas y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá.

Se despertó, sobresaltado, al oír el ruido de un coche. Corrine salió de un taxi y subió los escalones con expresión preocupada.

—¿Hay alguien ahí?

—Soy yo —dijo Matt.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Esperándote.

—Me parece muy bien. Puedes quedarte con la cabaña... y con las tierras. Y no tienes que casarte conmigo, no te preocupes —le espetó ella.

Matt la miró, desorientado.

—¿Qué?

—Vete de mi casa.

Él se cruzó de brazos tranquilamente.

—Me llamó Brittany. Estaba muy preocupada por ti. Abby también.

—No tienen por qué preocuparse.

—¿Por qué?

—Porque no.

Corrine entró en el dormitorio y sacó una maleta del armario.

—¿Vas a alguna parte?

—Pues sí.

—¿Dónde?

—Donde tú no estés.

—¿De qué tienes miedo, Corrine?

Ella se volvió y lo miró, con la barbilla levantada.

—No tengo miedo de nada.

—Sí lo tienes. Tienes miedo de todo. Sobre todo, tienes miedo de vivir.

—¿Dónde puedo alquilar un remolque?

Aja. Como había supuesto, volvía por el burro. Por un animal antipático y

grosero. Y feo. Quizá había alguna esperanza para él.

—¿Para qué quieres un remolque? No tienes un caballo.

—Ya sabes para qué lo quiero.

—¿Dónde vas? —le preguntó Matt. Con el rabillo del ojo, vio que Robbie se movía.

—A algún sitio donde nadie me conozca.

—Puedes ir donde quieras, pero nunca podrás escapar de ti misma. Además, no puedes irte.

—¿Por qué no?

—Porque tu burro ha estado con mi yegua. Y puede que pronto haya una demanda de paternidad —contestó Matt, tan tranquilo.

Le habría gustado abrazarla. Parecía tan cansada, tan asustada... Pero no quería hacerlo. Quería esperar. Quería que ella le contara lo que había pasado en Minneapolis. Que le abriese su corazón.

Que confiara en él.

De modo que se tumbó en el sofá y cerró los ojos.

—¿Qué haces?

—Voy a dormir un rato. Y quiero asegurarme de que no te vas a ninguna parte con ese burro tuyo... que es un cerdo.

—No voy a dejarte colgado.

—Ya, bueno, yo tampoco. Pero no parece confiar en mí —dijo él, colocándose el sombrero sobre la cara—. ¿Te importa llamar a tus hermanas para decirles que estás bien?

Unos segundos después, la oyó entrar en su dormitorio. Y oyó los muelles del colchón. Solo entonces respiró tranquilo.

Quería quedarse. De corazón, Corrine quería quedarse.

Matt repasó su vida entonces. Había sido un egoísta. Siempre pensaba en él, en su rancho, en sus caballos, en su ego. Igual que Barbara, en realidad. Dispuesto a hacer de su rancho el mejor de la zona. Nunca se le había ocurrido pensar que podría ser mejor, más generoso.

Y entonces su hermana se puso enferma. Y él le gritó al cielo: ¿Por qué mi hermana? ¿Por qué yo?

Nunca había obtenido respuesta.

Pero aquella noche entendió. El dolor le había hecho mejor persona. Lo había hecho comprender el dolor de los demás.

La muerte de su hermana lo convirtió en el padre de Robbie. Alguien que tenía que dar, en lugar de recibir.

Tenía que pasar ese regalo. A Corrine.

Y dejar que ella eligiera si quería aceptarlo o no.

Y esperaba que el ruido de los muelles fuera una buena señal.

Capítulo 10

Matt se despertó con el cuello dolorido. Lógico. Aquel sofá no estaba hecho para alguien que mide un metro ochenta y cinco.

Pero Robbie no estaba a su lado. Y la manta, en el suelo.

—¿Robbie?

Matt se levantó de un salto, aguzando el oído. Nada. Y el libro de cuentos no estaba en el sofá. Eso lo puso nervioso.

Cuando levantó la cortina del dormitorio para ver si Corrine seguía allí, ella se apoyó en un codo, medio dormida. En otro momento, habría disfrutado al verla así. Pero estaba asustado.

—¿Sabes dónde está Robbie?

—No.

Entonces vio que la puerta estaba abierta. No podía ser. Esa era la primera regla: no salir de casa hasta que él estuviera levantado.

—¿Robbie?

Nada.

Corrine se puso un jersey a toda prisa.

—¿Qué ocurre?

—No sé dónde está Robbie.

—Seguro que está con el burro.

Cuando miraron por la ventana, vieron a *Cuppie Doll*. Pero el burro no estaba por ninguna parte.

—Creo que se ha ido con él.

—¿Dónde? —exclamó ella, asustada.

—No lo sé.

—Pero... ¿por qué iba a hacer una cosa así?

—Creo que nos oyó discutir anoche.

—A Robbie no le importará tanto que yo me marche.

—Sí le importa. Mucho. El pobre se ha acostumbrado a perder todo lo que quiere.

Aquello fue como una bofetada. Corrine se quedó lívida.

—Estáis mejor sin mí.

—¿Por qué?

—Porque yo no... Nadie puede quererme.

—Si no dejas que te quieran, no.

—Matt, lo sé. Llevo en casas de acogida desde que tenía seis años. Mi propia tía no podía soportarme.

—Tú no sabes nada, niña —murmuró él, poniéndose las botas.

—Y me arrestaron una vez.

Él vio la vergüenza en sus ojos. Y el terror. Allí estaba, su peor secreto. Se lo había contado. Por fin.

—¿Por qué te arrestaron?

—Tenía dieciséis años y... robé una cosa.

—¿Robaste una cosa? ¿Qué, un colorete, una barra de labios? Corrine, ¿por qué crees que tu vida es peor que la de los demás? Yo también pasé una noche en la cárcel a los dieciocho años. Estaba borracho como una cuba. Fue hace mucho tiempo y ya me he perdonado a mí mismo.

—No lo entiendes.

—Claro que lo entiendo —replicó Matt.

—Yo no puedo ser parte de tu futuro. Ni del de Robbie. No sé cómo hacerlo.

—Vale. Dile eso cuando lo encontremos —suspiró él poniéndose la cazadora.

—Dime qué debo hacer.

—No creo que esté muy lejos. Vamos a buscarlo.

Salieron de la cabaña y empezaron a llamarlo. No estaba en el establo, no estaba escondido...

Debía haberse marchado muy temprano. ¿Cómo habría conseguido convencer al burro para que dejase a su novia?

—¿Tu yegua vino aquí sola? —preguntó Corrine.

—No. La traje yo. Estaba harto de oírla llorar.

—¿La trajiste tú? Pero entonces...

Había pensado que su rancho, sus yeguas lo eran todo para él. Pero, aparentemente... Invasión de ternura, Corrine le puso una mano en el brazo.

—Hay cosas que no pueden evitarse.

Matt vio que ella dejaba caer las barreras, que la luz volvía a sus ojos.

Parecía tranquila. Como si estuviera acostumbrada a vivir crisis como aquella. ¿Lo entendería alguna vez? Su vida, por triste que hubiera sido, le había dado la creatividad necesaria para inventar un personaje tan hermoso como Brandy; un personaje que lo era todo para niños como Robbie.

—Volvamos a la cabaña. A ver si encuentro huellas.

Y las encontraron. La huella de una diminuta zapatilla, la de una pezuña sin herradura.

—Se ha ido por la carretera —murmuró Corrine.

—Sube al camión.

Ella obedeció sin decir nada.

Estaba sentada a su lado en la cabina del camión. Le había contado lo del arresto, lo de las casas de acogida... y, sin embargo, Matt quería que fuera con él. Esperaba que fuera con él.

¿Tendría razón? ¿Sentiría lástima de sí misma? Quizá no era tan horrible como ella creía.

Poco después, Matt bajó del camión y se inclinó sobre la carretera para mirar las

huellas. Sabía seguirlas. ¿Quién en el siglo XXI sabe hacerlo?, se preguntó Corrine, sorprendida.

Pero Matt Donahue no era un hombre de su tiempo, sino de otro. De un tiempo más duro, más sencillo, donde los hombres eran fuertes y honestos.

—Se dirige al pueblo —murmuró, antes de arrancar. Corrine tenía el corazón en un puño. Era culpa suya. Siempre era culpa suya—. No es culpa tuya —dijo Matt, como si leyera sus pensamientos.

Habría querido decir algo, pero él estaba concentrado en la carretera, apretando el volante con las manos.

Y entonces descubrió lo que era el amor.

Era la capacidad de hacer que los demás fueran felices. La capacidad de dar, de olvidarse de uno mismo y entregar lo mejor.

Quizá la vida era tan simple como Abby creía.

¿Podría hacerlo ella? ¿Podría olvidar el pasado? ¿Podría creer siempre que iban a pasarle cosas bonitas?

Pero no le pasaban cosas bonitas.

Robbie había desaparecido.

Abby decía que, a veces, salen cosas buenas de las desgracias. Y si Robbie no hubiera desaparecido, seguramente ella habría hecho la maleta.

Y entonces se le ocurrió que el niño la necesitaba. A ella. Nadie la había necesitado nunca.

Pero Robbie sí.

Y Matt, pensó, mirándolo de reojo.

Era un hombre grande, fuerte y autosuficiente. Pero la necesitaba. Por eso estaba esperándola.

Había perdido a su hermana y no podía perder a su sobrino.

Ni a ella.

Corrine apoyó la cabeza sobre el brazo del hombre. Matt sonrió.

—Bienvenida a casa —dijo en voz baja.

—¡Matt! —gritó ella entonces—. ¡Allí está!

Robbie caminaba por la carretera con el burrito, cabizbajo, arrastrando la maleta de Corrine. Se la había llevado con él para que no pudiera marcharse.

Matt detuvo el camión y bajó la ventanilla.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte, chaval?

Los ojos del niño estaban llenos de lágrimas.

—No.

—¿Te has escapado de casa?

—Sí.

—¿Puedo ir contigo? No tiene sentido volver a casa sin ti.

Robbie lo miró de reojo.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Corrine—. Además, como ya llevas mi

maleta...

—Sabía que no te irías sin ella. Y sin nuestro burro.

—Vaya. Entonces, todo lo que me importa está en esta carretera.

Una curiosa coincidencia que lo hubiera perdido todo en una carretera. Y que, veinticinco años después, a miles de kilómetros de distancia lo encontrase todo de nuevo.

Matt quitó la llave del contacto y bajó del camión. Después, tomó a Corrine por la cintura para ayudarla a bajar y le dio un beso en los labios.

Y luego corrieron hacia Robbie, que seguía caminando con el burro por la carretera. Corrine le dio mano y Matt tomó la maleta.

Y siguieron caminando los tres.

—¿Dónde vamos? —preguntó el niño.

—Ah, no sé. Tú decides.

—¿Corrine se marcha?

—No. He decidido quedarme.

—Tengo un sándwich de crema de cacahuete. ¿Quieres un poco?

—Pues sí. Tengo mucha hambre.

Acababan de llegar a una colina desde la que podía verse Miracle Harbor. Las casitas como cajas de cerillas, el puerto... y el mar, azul e infinito.

Matt ató al burro a un árbol y se sentaron sobre la hierba.

Robbie sacó un sándwich aplastado de la maleta y lo partió en cuatro trozos.

—¿Cuatro? —preguntó Matt.

—Para el burro.

La noche anterior Corrine había dejado de creer en los milagros. Pero, ¿no era aquello uno?

¿No era un milagro estar sentada en la hierba con Matt y Robbie? Dos de las personas que más amaba en el mundo. ¿Qué más podía pedir?

—Yo creo que ya es hora de ponerle nombre —dijo entonces Matt—. Podríamos llamarlo *Milagro*.

—Me gusta —sonrió el niño.

Corrine miró a *Milagro*, que estaba comiendo hierba tranquilamente. Sí, era un nombre perfecto.

Ponerle un nombre era como decir: «Voy a quedarme. Para siempre».

—Vamos a brindar.

—¿Qué es eso? —preguntó Robbie.

Después de explicárselo, brindaron con el sándwich.

—Por los milagros —dijo Matt.

—Anoche os oí hablar —murmuró entonces el niño—. No estaba dormido. Oí que Corrine decía que se iba y cuando mi tía... digo mi tío se quedó dormido, me levanté.

—Ah, ahora soy tu tío —sonrió él.

—Es que ahora tengo una tía.

—¿Ah, sí?

—Corrine va a ser mi tía.

—Oye, enano, me estás descubriendo —rio Matt.

—Brandy se escapa en el libro. Así que yo decidí hacer lo mismo.

—Brandy no es real, cielo —dijo Corrine.

—Sí lo es —dijeron Robbie y Matt a la vez.

—¿Qué?

—Eres tú.

—Eres tú —repitió Matt—. ¿Es que no te das cuenta?

De repente, Corrine se dio cuenta. Era verdad. Ella era Brandy. Como el personaje que había creado, la vida le regalaba cosas: amor, cariño, compasión, fuerza.

Brandy quería a todo el mundo.

Y, de repente, ella también.

—¿Estás llorando, tía?

Corrine asintió. Matt le pasó un brazo por los hombros y el niño apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Estás triste?

—No, soy muy feliz —contestó ella.

Robbie se levantó.

—Vámonos a casa. *Milagro* echa de menos a su novia.

—Yo iré andando contigo. Tu tío tiene que llevarse el camión.

—No, yo también voy andando. Luego volveré por el camión.

Matt se colocó al niño sobre los hombros y tomó a su novia por la cintura.

Unos días antes, pensaba que no podía haber nada más bonito que una pareja. Pero en aquel momento se daba cuenta de que había algo mucho mejor: una familia.

Su familia.

Después de llamar a sus hermanas para decirles que estaba bien, pasaron el día juntos, riendo y charlando. Cuando Robbie se fue a jugar con *Milagro*, le contó a Matt toda su vida; le habló del cachorro que le habían quitado, de la chaqueta que tuvo que prestar, de sus horribles padres de acogida.

Y con cada cosa que le contaba, se sentía más feliz. Y vio algo increíble.

Su amor por ella no disminuía. Todo lo contrario. Se hacía más fuerte, más profundo.

—Tengo que volver al rancho —dijo Matt por fin—. Esta noche, cenamos en mi casa.

—Muy bien.

Corrine nunca había estado en su casa y tenía muchas ganas de conocerla. Pasó dos horas arreglándose frente al espejo y llegó a las ocho en punto, nerviosa.

Era una casa muy bonita, con una verja blanca y flores por todas partes. En el

corral, caballos, yeguas y potrillos. Aquella casa había visto varias generaciones de Donahue. Matt nació allí. Y allí habría jugado de pequeño, en el columpio que colgaba entre dos robles.

Era la casa con la que una niña como ella había soñado siempre.

—Hola, Corrine.

Ella entró, nerviosa. ¿Por qué estaba nerviosa?, se preguntó.

—Me gustan muchas las flores. ¿Las has plantado tú?

—No. Lo hizo mi hermana. Decía que eran un símbolo de esperanza.

Había juguetes en el suelo del salón y libros en las estanterías. Los muebles estaban muy usados, pero le parecieron bonitos, auténticos.

Aquella casa era un hogar.

Corrine lo siguió hasta la cocina. Matt estaba preparando una ensalada... y dos filetes.

—¿Dónde está Robbie?

—Tu hermana Abby se lo ha llevado. Va a dormir en su casa.

—Ah.

Se había puesto colorada. Como un tomate. Robbie no estaba en casa, de modo que...

—Por cierto, Brittany ha llamado para decir que Angela está mejor. Y que Jordan está con ella. No sé qué ha querido decir con eso.

Corrine sonrió. Ella sí lo sabía. Y tendría que darle las gracias a Angela por el regalo que le había hecho: por cumplir la promesa que le hizo a su madre.

—Toma —dijo Matt entonces, dándole un paquete.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

Temblando, Corrine se sentó y abrió el paquete. Eran unas sábanas de colores. Preciosas. ¿Significaba lo que creía que significaba?

—¿Vamos a seguir... besándonos? —preguntó, en voz baja.

—No. Las sábanas son tu primer regalo de boda. Mi regalo.

—¿Boda?

—Sí, señorita Parsons. Y no pienso tocarte hasta que estemos casados.

Corrine tuvo que contener las lágrimas. Aquel hombre fuerte y áspero era un hombre tradicional. Y eso la emocionaba.

—De acuerdo.

—¿Quieres casarte conmigo, Corrine? Por favor.

«Por favor». Un hombre que podría tener todo lo que quisiera, le pedía por favor que se casara con él. A ella, Corrine Parsons.

Cuando quiso darse cuenta, estaba en sus brazos, besándolo por todas partes, en la cara en el cuello, en la camisa...

—Sí, sí, sí, sí.

—No sé si te he entendido.

Y entonces Matt la besó. La besó hasta que no supo dónde estaba.

—¿Cuándo?

—En cuanto sea posible. Tu hermana Abby se encarga de todo.

—¿Se lo has contado a mis hermanas?

—Sí. Brittany se puso a dar saltos, por cierto.

Sus hermanas lo sabían. Sus hermanas, que la habían querido hasta que aprendió a quererse a sí misma.

Como aquel hombre. Que la ayudaría a borrar el carbón de su vida hasta que apareciesen los diamantes.

—Bésame otra vez, Matt.

—De eso nada —rio él, dando un paso atrás.

Riendo, Corrine se lanzó sobre él y acabaron en el suelo, uno encima del otro. Matt apartó un mechón de pelo de su frente con un gesto de ternura.

Corrine Parsons había tenido tres reglas: no llorar, no hacerse ilusiones y no demostrar que tenía miedo.

Pero tenía los ojos llenos de lágrimas, le dijo al oído que tenía un poco de miedo y se hacía ilusiones. Todas. Lo esperaba todo de aquel hombre.

Con firmeza, le dijo adiós a sus reglas.

Y saludó alegremente a su nueva vida.

Epílogo

—Ya estoy llorando... —sollozaba Brittany, mirando por encima del hombro— y ni siquiera ha empezado la ceremonia. Está guapísima con ese traje, ¿verdad?

—Divina —asintió su hermana.

—Me encanta el traje de chaqueta blanco... Mitch, tenemos que casarnos otra vez para que pueda ponerme un traje así.

—Pero si nos casamos hace unos meses —rio su marido.

—Mira, aquí llega la novia —exclamó Abby, intentando contener las lágrimas.

La música empezó a sonar y Robbie apareció en el pasillo, con un diminuto traje de chaqueta.

Corrine se inclinó hacia Abby.

—¿Os he dicho que estamos esperando?

—¿Qué? —exclamaron Brittany y Abby al unísono.

—Un burrito. *Cuppie Doll* y *Milagro* van a ser papas.

—¡Matt Donahue, controla a tu mujer! ¡Este no es sitio para hablar de esas cosas! —murmuró Abby.

—Lo intentaré —rio él.

Corrine sonrió, feliz. Era traviesa. Lo había descubierto con Matt. Y le gustaba serlo.

Angela Pondergrove apareció entonces con un traje de chaqueta blanco. Estaba preciosa. Tanto como el hombre de pelo blanco que la esperaba en el altar.

El traje le quedaba de maravilla. Y Corrine se había sentido orgullosa de poder prestárselo a su «madrina».

De ese modo, Angela también podría sentirse como ella se había sentido cuando se casó con Matt. Como una princesa.

Fue el día de su boda cuando Angela y Jordan anunciaron que iban a casarse.

—Hace poco pensaba que iba a morir. Pero cuando Corrine me llamó para darme las gracias por haber hecho honor a la promesa que le hice a tu madre... volví a sentirme viva. Era como si Belle Parsons me guiase. Para ella, el legado del amor era lo más importante. Y yo no puedo decirle que no. Primero tuve la suerte de encontrar a Alf... y ahora, a Jordan. Aceptar su amor es el regalo que me habéis hecho las tres.

Recordando aquello, los ojos de Corrine se llenaron de lágrimas. Matt apretó su mano, sonriendo.

—¿Sabes una cosa? Durante mucho tiempo, yo no sabía si creer en el amor.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

Su marido no contestó. Pero su sonrisa lo decía todo. Matt Donahue creía en el amor. Completamente. Con todo su corazón.

Creía en el poder infinito del amor.

Como ella.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.